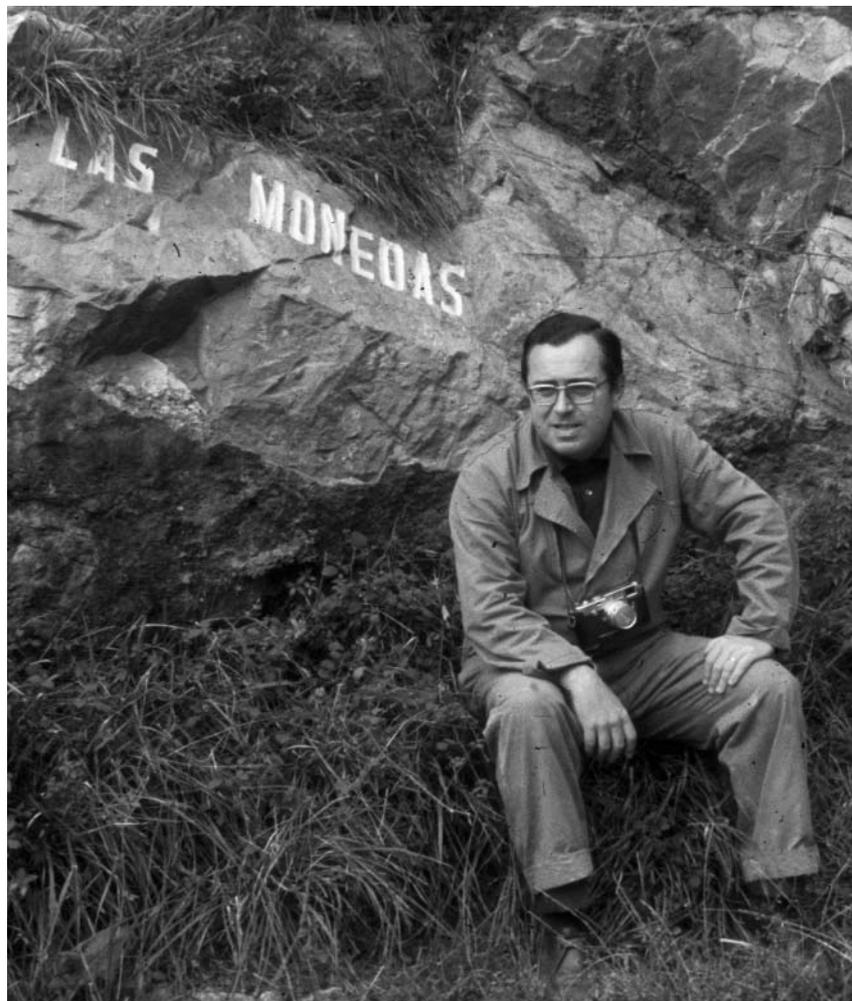


EDUARDO RIPOLL PERELLÓ

(1923-2006)



Con profundo sentimiento, la revista *Complutum* quiere recordar al Prof. Dr. Eduardo Ripoll Perelló, una de las personalidades más representativas de la Prehistoria Española en la segunda mitad del siglo XX, cuya figura tanto ha contribuido a enriquecer la cultura catalana y española de los últimos 50 años gracias a su amplitud de inquietudes y a su libertad de pensamiento.

El Prof. Eduardo Ripoll, el Dr. Ripoll, como le conocíamos en su Cataluña natal, nació en Tarragona en 1923, aunque tenía igualmente profundas raíces familiares del Ampurdán, que siempre cultivó y que explican el gusto con que desempeñó el cargo de Director de las Excavaciones de Ampurias.

Tras cierta vacilación entre los estudios de Derecho o de Historia, se decantó por esta última, integrándose a partir de 1950 en el activo grupo formado en Barcelona

por el Prof. Martín Almagro Basch en el Museo Arqueológico y en la Universidad de esa ciudad, grupo que constituye el verdadero auge de la llamada “Escuela de Barcelona”, del que formaron parte Juan Maluquer de Motes, Pedro de Palol, Miguel Tarradell, Antonio Arribas, Alberto Balil y otros reconocidos arqueólogos y prehistoriadores que conforman las generaciones más representativas de los estudios de Prehistoria y Arqueología en la España de la segunda mitad del siglo XX.

Eduardo Ripoll se licenció en Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona en 1953, con Sobresaliente y Premio Extraordinario, pero ya desde 1951 había empezado a publicar en *Ampurias* y en otras revistas temas de metodología y noticias científicas y sus primeros artículos, como “La cronología de las murallas de Tarragona” (*Ampurias* 13, 1951, p. 175-180), referente a su ciudad

natal, que ya evidenciaba un interés por la arqueología romana que, años después, retomaría como Director de la Excavaciones de Ampurias.

Atraído desde muy joven por el Paleolítico, en especial por el sugestivo campo del Arte Rupestre, decidió ampliar su formación en el extranjero, tarea muy difícil en aquellos años. Para ello se trasladó recién casado a París, donde trabajó principalmente con el abate Henri Breuil, pero también amplió sus estudios viajando por Europa y participando en las excavaciones de la Cueva dei Pipistrelli, en la Liguria italiana. Sin embargo, el Dr. Ripoll, junto a su formación con M. Almagro Basch, siempre reconoció el magisterio de H. Breuil, máxima figura de los estudios prehistóricos de la época, del que se consideraría siempre discípulo predilecto y hacia el cual mantuvo una encomiable actitud de respeto y afecto. Así lo manifiesta la magnífica *Miscelánea en Homenaje al Abate Henri Breuil (1877-1961)* (Barcelona, 1964), que el Dr. Ripoll organizó en su homenaje a la muerte de esta gran figura de la Prehistoria mundial, a la que también ha dedicado numerosos artículos y publicaciones, como *El abate Henri Breuil (1877-1961)* (Madrid, UNED, 1995), muchos de ellas basados en la rica documentación de Breuil y otros prehistoriadores que el Dr. Ripoll guardaba personalmente y sobre la que siguió trabajando hasta el día previo a su muerte. Esta noble actitud hacia sus maestros, junto a su carácter afable y de hombre de bien, que siempre tuvo a gala en su carrera científica, es una característica tan loable como poco frecuente que cabe destacar en su gran personalidad, pues da idea de su altura de miras científica y humana.

Gracias a estos viajes y a su estancia en París, pudo finalizar en 1956 una brillante Tesis Doctoral bajo la dirección del Prof. Martín Almagro Basch sobre "*El Arte Paleolítico Español*", que mereció el Premio Extraordinario de toda España a la mejor Tesis Doctoral de ese año. Basta el título para comprender cómo había elegido un tema esencial de la Prehistoria y del Patrimonio Cultural, que supo desarrollar con brillo durante toda su vida. Además, su estancia en París le permitió conocer y convivir con prehistoriadores de la talla de François Bordes, Denise de Sonneville-Bordes, André Leroi-Gourhan, H. de Lumley o Raymond Vaufrey, con alguno de los cuales llegaría a trabajar y copublicar, pues dichos colegas siempre le consideraron como máxima figura española en los estudios paleolíticos.

Obtenido su grado de doctor, proseguiría su carrera universitaria y, tras varios años como Ayudante de la Universidad de Barcelona, pasó a ser Profesor Agregado Interino de la Universidad Autónoma de Barcelona, que él inauguró. En 1960 obtuvo la Agregación de Prehistoria a la Universidad de Oviedo, de donde pasó por concurso a la Universidad de Bellaterra de Barcelona y a la UNED en 1981, donde fue Catedrático de Prehistoria y Profesor Emérito desde 1988. En todas estas universidades en las que desarrolló su docencia, su paso quedó marcado por

el impulso dado a la investigación, como prueban las publicaciones científicas, las tesis doctorales en ellas realizadas y el grupo de discípulos que han seguido con sus líneas de investigación.

Junto a la docencia universitaria, la figura del Dr. Ripoll ofrece otra faceta igualmente importante: su interés por los museos como centros de estudio y de cuidado del Patrimonio Arqueológico. En este aspecto, el Dr. Ripoll siguió una línea paralela a la del Prof. Martín Almagro Basch, a quien sucedió en el Museo Arqueológico de la Diputación Barcelona y como Director del Museo y Excavaciones de Ampurias al marchar aquel a Madrid en 1956. Ese mismo año pasó a ser miembro de la Institución Milá y Fontanals, del CSIC, en la que llegó a ser Jefe de la Sección de Arte Prehistórico de 1968 hasta 1980.

Estos nuevos cargos marcaron profundamente la vida del Dr. Ripoll y ayudan a comprender el desarrollo ulterior de su curriculum durante los decenios de 1960 y 1970. Fruto de su actividad en esa etapa crucial fue la creación, en 1959, del *Instituto de Prehistoria y Arqueología de la Diputación de Barcelona (I.P.A.)*, donde llevó a cabo una intensa labor científica, que quedó bien reflejada en su labor de editor. De forma paralela, durante estos años, se dedicó con intensidad a los museos y a su problemática científica y de difusión, por ejemplo, adquiriendo Olérdola para valorar este singular conjunto arqueológico, en el que creó su museo monográfico. Además, fundó en 1977 el *Institut d'Estudis Penedesencs* en Vilafranca del Penedés e impulsó durante 20 años los *Cursos de Ampurias*, creados en 1947 por M. Almagro Basch y L. Pericot, que habían pasado a ser una referencia imprescindible en la formación de arqueólogos y prehistoriadores de Europa occidental.

También desde estos cargos llevó a cabo una gran actividad en la organización de cursos, seminarios, reuniones y congresos, además de atender el campo de los aficionados a la arqueología, cuya atención supo comprender como una faceta más del arqueólogo, gracias a su carácter inteligente, abierto y afable, a su capacidad para la divulgación y a su preocupación por estos temas tan relacionados con la valoración y la difusión del Patrimonio Arqueológico en la sociedad.

En 1981 se trasladó a Madrid al ser nombrado Director del Museo Arqueológico Nacional, cargo que desempeñó hasta a 1986, compatibilizándolo con la Cátedra de Prehistoria de la UNED, que él creó y desempeñó hasta su jubilación en 1988, siendo nombrado después Profesor Emérito. En ese año 1988 recibió un amplio homenaje, que recogió los numerosos artículos a él dedicados en la revista por él cofundada en la UNED, *Espacio, Tiempo y Forma (Serie Prehistoria I, Serie Historia Antigua I, 1988)* y en *Ars Praehistorica* (vol. VII, 1988), que incluyó su extensa bibliografía publicada hasta ese momento (*Serie Prehistoria, I. Serie Historia Antigua I, 1988: 27-82*).

Tras su jubilación, volvió a su Cataluña natal y se instaló de nuevo en Barcelona, ciudad con la que siempre

mantuvo el contacto, participando en su vida científica y cultural y aprovechando el mayor tiempo disponible para proseguir sus trabajos de investigación y promover la cultura. Desde 1974 había sido elegido académico de número de la *Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona*, en la que ingresó en 1978 con un discurso sobre *Els orígens de la ciutat romana d'Empúries*, al que contestó Federico Udina y Martorell, como también era académico de la *Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi*, en cuyo boletín publicó numerosos artículos, además del *Instituto de Estudios Tarraconenses Ramón Berenguer IV* y del *Institut d'Estudis Penedesenc*, que había contribuido a fundar. Pero su principal actividad la dedicó a la *Acadèmia de Bones Lletres*, noble institución a la que sirvió con su reconocida experiencia. En ella, nombrado Presidente en 1996, supo crear un *Institut de Prehistòria, Protohistòria y Arqueologia* para potenciar la investigación en estos campos y le cupo el honor de celebrar en el año 2000 el III Centenario de la *Academia Desconfiada*, precedente de la de *Bones Lletres* y una de las más antiguas academias de España.

Pero la personalidad científica y humana del Dr. Ripoll no se comprende con la simple enumeración de las actividades desarrolladas a través de los importantes cargos que ocupó en las principales etapas de su vida.

Esencial en la labor científica del Dr. Ripoll ha sido su preocupación por la publicación y por la edición científicas, lo que le ha llevado a ser uno de las figuras de su generación con mayor sensibilidad en este sentido. Esta inquietud trasluce los sólidos criterios de su formación científica, heredera de H. Breuil, pero en este punto en especial de M. Almagro Basch, lo que explica su extensa e importante bibliografía científica y su intensa actividad editorial, completada por una no menos extensa labor como traductor de libros especializados.

En este aspecto, cabe destacar su entrega a la revista *Ampurias*, una de las principales series periódicas de la Prehistoria y Arqueología europeas a partir de la II Guerra Mundial, de la que fue asiduo autor, secretario-redactor desde 1949, co-director desde 1962 y que pasó a dirigir de 1968 a 1980 (tomos 30 a 42). Igualmente, fundó y dirigió las revistas *Información Arqueológica* (1970 a 1981, vols. I a VI), la revista *Ars Praehistorica*, fundada en 1982, y, en 1983, fundó el *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, que dirigió hasta 1986. Entre las series monográficas hay que señalar la creación de los *Quaderns de Treball* de la Universidad Autónoma de Barcelona y del I.P.A. (1979 a 1982) y con L. Pericot fue cofundador y editor de la serie *Corpus de Monumentos Megalíticos de Cataluña* (1961 a 1980) y también ha sido el fundador y director de la serie *Monografías de Arte Prehistórico* (1961-1980), editada en castellano y traducida al inglés por el I.P.A. y la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research.

Igualmente, ha formado parte del comité de redacción de numerosas revistas especializadas, como el *Indice His-*

tórico Español, fundado por Jaime Vicens Vives, desde su primer volumen, el I de 1953; la *Rivista di Studi Liguri* de Bordighera, desde 1970; *Fonaments. Prehistòria i Món Antic als Països Catalans*, desde su vol. I, de 1978; *Revista de Arqueologia*, desde el núm. 1, de 1980; *Trabajos de Prehistoria*, de 1981 a 1987; *L'Anthropologie*, desde 1983; *Bulletin du Musée d'Anthropologie Préhistorique de Monaco*, desde 1984; *Proserpina* (UNED, Mérida), desde su volumen I, de 1984; *Archeo*, de Roma, desde su nº 1, de 1985; *Espacio, Tiempo y Forma* (Revista de la Facultad de Geografía e Historia de la UNED, desde 1987; etc. En este sentido, pocos arqueólogos españoles pueden ofrecer un curriculum tan denso y representativo.

Ha publicado también cerca de 300 recensiones de obras científicas, pero su mayor empresa en el campo de la difusión científica puede considerarse la labor desarrollada como editor de algunas obras de referencia en la bibliografía arqueológica y prehistórica española. En su etapa como Director del Museo Arqueológico de Barcelona, fue el impulsor y editor de la citada *Miscelánea en Homenaje al Abate Henri Breuil (1877-1961)* (1961), del *Simposio Internacional de Arte Rupestre, Barcelona, 1966* (1968), del *Simposio Internacional de Colonizaciones, Barcelona-Ampurias, 1971* (1974), de la *Miscelánea Arqueológica. XXV Aniversario de los Cursos Internacionales de Prehistoria y Arqueología de Ampurias (1947-1971)* (1974), del *Simposium Internacional sobre los orígenes del Mundo Ibérico (Ampurias 38-40, 1976-8)*, labor proseguida tras su traslado a Madrid con la organización y publicación del *I Congreso Internacional de Historia de los Pirineos*, en Cervera, 1988 y del *Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar"*, el I, en 1988 y el II, en 1990 (Madrid, UNED). Bastaría esta labor para poder considerar la figura del Dr. Ripoll entre los más destacados prehistoriadores y arqueólogos de la Europa de esos años.

Otro aspecto que da idea de su apertura y personalidad son los numerosos artículos y estudios hechos en colaboración con maestros, colegas y discípulos, como con M. Almagro Basch, A. Balil, J. Barberá, R. Batista, A. Beltrán, R. Blanco Caro, J. Canal, T. Carreras, I. Clopas, B. Font Obrador, P. Giró Rumeu, J. González Echeagaray, C. Lorencio, T. Llecha, M. Llongueras, A. López Mullor, F. Martí Jusmet, J. Monfort, L. Monreal, A. Moure, A.M^a Muñoz, J.M^a Nuix, M. Oliva, J. Padró, M.M. J. Pena, L. Pericot, J. Reglá, S. Ripoll, M. Riu, G. Rosselló Bordoy, J.J. Rovira, E. Sanmartí, N. Soler-Masferrer, M. Tarradell, L. Villalonga, J. F. de Villalta y R. Viñas, además de con P. Boucher y H. de Lumley, etc.

En sus primeros años de estudio, se interesó por la metodología arqueológica y prehistórica, como el entonces recién descubierto C-14, la fotografía aérea o la naciente Arqueología Submarina, participando en los *Congressi Internazionali di Archeologia Sottomarina* y siendo nombrado Delegado para España y Miembro del Comité de la *Forma Maris Antiqui* (1958), hasta el punto de

poderse incluir entre los precursores de estas actividades en España. Sobre estos y otros campos similares empezó a publicar noticias científicas ya a partir de 1951 en *Ampurias* y en otras revistas especializadas.

Pero su actividad científica personal siempre quedará asociada a los estudios de Arte Prehistórico, en los que se especializó desde su tesis de doctorado y en los que pasó a ser máxima autoridad tras la senda dejada por su maestro H. Breuil. No es posible referirse a sus numerosos estudios sobre cuevas de toda España, desde las cantábricas a la extremeña de Maltravieso o la malagueña de La Pileta, además de otros estudios dedicados al arte post-paleolítico. Sin embargo, es imprescindible recordar su labor en el importante Simposium de Wartenstein (Austria), organizado por la Wenner-Green Foundation for Anthropological Research, que él coeditó junto a L. Pericot como *Prehistoric Art of The Western Mediterranean and The Sahara* (New York, 1964) y que supuso la aceptación general de la cronología post-paleolítica del Arte Rupestre Levantino. También son esenciales sus monografías sobre *Los abrigos pintados de los alrededores de Santolea* y las *Pinturas rupestres de La Gasulla* (*Monografías de Arte Rupestre, Levantino* 1 y 2, 1961 y 1963) y sobre *La Cueva de las Monedas en Puente Viego* (*Monografías de Arte Rupestre, Paleolítico* 1, 1972), además de su publicación de *Las cuevas del Monte del Castillo, Puente Viego, Santander* (1977) o el estudio realizado junto a otros autores de la *Cueva de Maltravieso* (1999). En este campo prosiguió su dedicación después de su jubilación, al escribir sus *Orígenes y significado del arte paleolítico* (Madrid, 1986) o *El arte de los cazadores paleolíticos* (Madrid, 2002).

Otra línea de estudios paralela en su actividad fueron los dedicados al Paleolítico de la Península Ibérica y, en especial, al Solutrense. Entre sus primeros trabajos, destaca la *Prehistoria del Bajo Aragón*, Zaragoza, 1956, escrita junto a M. Almagro Basch y A. Beltrán, que fue Premio “Gómez Miedes” del Excmo. Ayuntamiento de Alcañiz. Pero sus principales investigaciones las llevó a cabo en el importante yacimiento de La Cueva de Ambrosio, en Almería, que pasó a ser un referente imprescindible en este campo de estudios desde su publicación de las “Excavaciones en Cueva Ambrosio (Vélez Blanco, Almería), Campañas 1958-1960” (*Ampurias* 22-23: 31-49). Igualmente, desde sus excavaciones en la Caverna dei Pipistrelli en los años 1950 se interesó por el Neolítico, ocupándose con especial atención de la cultura megalítica catalana y de los sepulcros se fosa, sobre los que publicaría un importante artículo con M. Llongueras en la revista *Ampurias* (25, 1963: 1-90).

Sin embargo, las raíces clásicas de sus primeros años en su Tarragona natal, sus raíces ampurdanesas familiares, su frecuente participación y posterior dirección de los Cursos de Ampurias y el desempeño de su cargo como Director de ese Museo y de sus Excavaciones, explican que cultivara con acierto la Arqueología Clásica, una

línea de investigación muy alejada de las anteriores, que puede sorprender en una persona de vocación y formación de paleolítico y que le hacen destacar entre los restantes arqueólogos de su generación por su amplitud de conocimientos. El Dr. Ripoll ya se había interesado por la cronología de la muralla de Tarragona en 1951 y publicado “Nuevas investigaciones sobre el catastro de Orange” (*Ampurias* 15-16, 1953-4, p. 363-364), pero eligió este campo, tan querido por la intelectualidad catalana, para su Discurso de Ingreso en la Real Academia de Bones Lletres de Barcelona, en 1978, que versó sobre *Els orígens de la ciutat romana d'Empúries* (resumen en *Gerión* 8, 1990: 163-210). En esta línea de sus estudios escribió obras como *Els grecs a Catalunya* (Barcelona, 1983) o su contribución al *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch* (vol. 3, 1983: 279-285) sobre “El municipio ampuritano y su patrón Cneo Domicio Calvino”. También en este campo destacan sus eruditas guías de yacimientos arqueológicos, como la de *Olérdola: historia de la ciutat i guía del conjunt monumental i Museu monogràfic* (Barcelona, 1977) y la de *Ampurias, descripción de las ruinas y museo monográfico*, Barcelona (1969, etc.), de la que se hicieron numerosas ediciones y traducciones). Dentro de estas actividades, no se puede olvidar su interés por la Numismática, ciencia tan ampliamente cultivada en Cataluña. Además de valiosos artículos sobre numismática ampuritana escritos con L. Villalonga y J.M^a Nuix, fue editor de diversas medallas, un campo tan atractivo como poco cultivado en España fuera de honorables excepciones. Por ejemplo, a él se deben diversas medallas sobre temas arqueológicos y relacionados emitidas por esos años por la Diputación de Barcelona, como la conmemorativa del 50 Aniversario de las Excavaciones de Ampurias, celebrado en 1958. Como reconocimiento a esta actividad, fue nombrado Socio de Honor del *Círculo Filatélico y Numismático de Barcelona* (1968) y Miembro de la *Asociación Numismática Española* (1961).

Otra de los campos por los que sintió una particular atracción desde sus años iniciales fue el Oriente. Así lo prueba su artículo sobre las “Industrias prehistóricas y predinásticas de Egipto” (*Estudios* 2, 1951: 23-28) y, en especial, su *Prehistoria e Historia del Próximo Oriente* (Barcelona, 1967), cuya calidad explica las numerosas reediciones realizadas desde su primera impresión. Este interés le llevaría años después a participar en la Misión Arqueológica Española en Nubia y a organizar exposiciones sobre Arte Faraónico como Director del Museo Arqueológico de Barcelona, siendo también coautor, junto con M. Almagro Basch y L. Monreal, de *La necrópolis de Masmás, Alto Egipto* (*Memorias de la Misión Arqueológica en Nubia* 3) (Madrid, 1964).

También ha cultivado el Dr. Ripoll durante muchos años y con acierto la Historiografía, pero lejos de interpretaciones sesgadas como las que esconden revisionismos actuales que poco tienen que ver con esa ciencia.

Hacia este campo se debió sentir atraído por su especial conocimiento de la vida y la obra de H. Breuil, al que dedicó numerosos artículos y tres monografías, *El abate Henri Breuil (1877-1961)* (Madrid, 1994), *Abate H. Breuil. Antología de textos* (Barcelona 2002) así como otro volumen inacabado sobre este personaje de la prehistoria, indispensable para la historia y comprensión del Arte Prehistórico que esperamos vea pronto la luz. Pero también se interesó, dentro de su amplio espectro de estudios, por otros campos, como evidencia su artículo sobre “J. Puig i Caldafalch y Emilio Gandía Ortega: orígenes de las excavaciones de Ampurias” (*Homenaje a José María Blázquez* 2, 1993: 493-508) o el dedicado a “En los orígenes de la controversia sobre la cronología del arte rupestre levantino” (*Anales de prehistoria y arqueología* 7-8, 1991: 65-68), además de numerosos homenajes y necrológicas sobre prehistoriadores y arqueólogos que evidencian su buena percepción para captar la personalidad de la persona biografiada.

La amplitud de miras y su experiencia como museólogo se debe relacionar con su interés por el Patrimonio Artístico y Arqueológico. En esta faceta de su actividad fue Delegado, Comisario y Consejero Provincial de Bellas Artes, llevando a cabo una gran labor en pro de la declaración de monumentos nacionales, entre los que destaca su interés por los castillos de Cataluña, la adquisición de Olérdola y la valoración de este singular conjunto arqueológico, creando su museo monográfico, su participación activa en las Campañas de Nubia de la UNESCO o en congresos y reuniones como el *IV Simposi sobre Restauració Monumental: restaurar o conservar?* (Barcelona, 1996: 23-34).

Esta intensa actividad en su vida profesional fue merecedora de numerosos nombramientos y distinciones. Además de los cargos y honores ya señalados, fue miembro del Comité Permanente y del Comité Ejecutivo de la *UISPP*, dependiente de la UNESCO, pasando a integrarse desde 1976 en la *Commission de l'art paléolithique*. Igualmente, fue nombrado *Presidente de la Junta Nacional de Arte Rupestre* y *Presidente de la Comisión Técnica para el salvamento de la Cueva de Altamira*, en la que logró el cierre de la cueva para asegurar una mejor conservación dado el riesgo que corría este singular monumento a causa de las visitas, enfrentándose con eficacia a las lógicas presiones existentes de los intereses creados.

Fue socio numerario de numerosas instituciones, como la *Société Préhistorique Française* (desde 1949), Miembro de número (1950) y de Honor (1987) de la *Société Préhistorique de l'Ariège*, Miembro del *Istituto Internazionale di Studi Liguri* (1951), Miembro fundador de la Sección de Antigüedad de *Índice Histórico Español* (1953), Miembro correspondiente (1954) y Miembro Ordinario (1972) del *Deutsches Archaeologisches Institut*, Miembro del *Centro Internazionale di Studi Sardi* de Cagliari (1956), Miembro de número del *Istitu-*

to Italiano di Preistoria e Protoistoria (1957), Miembro de número de la *Hispanic Society of America* (Nueva York, 1981), Académico correspondiente de la *Real Academia de Bellas Artes de San Fernando* (1970), Académico correspondiente de la *Real Academia de la Historia* (1972), Académico de número de la *Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona* (1974) y su Presidente (desde 1996 hasta su muerte), Académico de número de la *Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi* (1975, electo; 1981 ingreso), Miembro correspondiente del *Institut de Estudios Tarraconenses Ramón Berenguer IV* (1977), Socio fundador del *Institut d'Estudis Penedesencs* (Vilafranca del Penedés, 1977), etc. Entre otras distinciones, recibió la Medalla de Oro al Mérito Cultural de la Diputación de Barcelona (1972), la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio (1972), la Medalla de Honor de la asociación *Amics dels Museus de Catalunya* (1983) y fue nombrado *Chevalier de l'Ordre des Arts et des Lettres* (Gobierno de Francia, 1987).

Desaparecido de entre nosotros, el Dr. Ripoll queda para siempre en la memoria y el afecto de quienes hemos sentido hacia él una profunda amistad y sincera admiración, memoria que será todavía más duradera entre cuantos sigan durante muchos años utilizando con provecho su obra. Pero, en otro sentido, el Prof. Dr. Eduardo Ripoll Perelló ha pasado ya a ser una figura de la historia catalana y española. Todavía es prematuro enjuiciar objetivamente la obra de una personalidad como la suya, sin la necesaria perspectiva que sólo da el transcurso del tiempo, aunque su figura como prehistoriador y arqueólogo tal vez se pueda concretar en dos claves. Una es su amplitud de inquietudes y estudios, que abarcaba la Prehistoria, la Arqueología y la Historia Antigua, junto a su labor como gestor en museos y universidades y su preocupación por el Patrimonio y por la divulgación científica, lo que hace que sea la figura más polifacética y abierta de su generación en la llamada “Escuela de Barcelona”. Otro aspecto para comprender su obra es que, probablemente, esa apertura de formación y criterios ha contribuido a que también pueda considerársele el arqueólogo de su generación más reconocido internacionalmente. Por ello, junto a su hombría de bien, no parece casual que haya sido el más abierto de espíritu de todos los arqueólogos catalanes y uno de los pocos que no se han visto afectados por el creciente nacionalismo que tanto empobrece, con un localismo innecesario, el ambiente e, incluso, los planteamientos científicos de una cultura tan rica y vital como la catalana. Un rasgo más que perfila y resalta su figura y su personalidad histórica.

Martín Almagro-Gorbea

Departamento de Prehistoria. UCM

ANTONIO BELTRÁN MARTÍNEZ (1916-2006)



El Prof. Dr. D. Antonio Beltrán Martínez ha fallecido en Zaragoza el 29 de abril a los 90 años de edad, reposando en Bujaraloz, junto a su esposa. A su fallecimiento, sus muy numerosos amigos, colegas y discípulos de España y del extranjero y todas las instituciones aragonesas han expresado su gran pesar por la pérdida humana y científica que ha supuesto su muerte, desde su Sariñena natal al Gobierno de Aragón, el Ayuntamiento y la Diputación de Zaragoza, la Institución Fernando el Católico y otras entidades culturales que le habían homenajeado en fechas recientes.

Antonio Beltrán nació en 1916 en Sariñena (Huesca). Era hijo de Pío Beltrán Villagrasa (1889-1991), Catedrático de Matemáticas de Enseñanza Media, polígrafo y humanista de vida centenaria (*Caesaraugusta* 13-14, 1959: 139-143; *Obras Completas I y II*, Zaragoza, 1972),

cuya longevidad, capacidad de trabajo y amplia curiosidad por la Numismática, la Epigrafía y la Historia heredó, con justo orgullo, su hijo. De su extraordinario carácter hay que resaltar la intensidad de su vida, dedicada a investigar, aprender y enseñar, y su vitalidad, que le hacía ser audaz y conciliador, inteligente y sencillo, constante y trabajador, viajero y curioso infatigable, dotado de especial capacidad de comunicación, características humanas muy por encima de lo habitual como reconocían cuantos le han conocido. Aunque era admirado por su gran categoría intelectual, también lo era su humanidad. Su simpatía, modestia y agudo sentido del humor eran proverbiales, como lo era su gran vitalidad, que mantuvo hasta el final, pues poco antes de morir, a pesar de su delicado estado de salud, acudió a numerosos actos, como la inauguración de un Centro Cívico de Garrapinillos

que lleva su nombre el 2 de marzo, el día 14, al homenaje de la Academia Aragonesa de Gastronomía, el 6 de abril a la apertura de una exposición sobre Arte Rupestre Aragonés en la Universidad de Zaragoza y ello de abril a otro homenaje en el Teatro Principal, dedicado por los Amigos de la Jota y del Folclore Aragonés con motivo de su 90 cumpleaños.

El Prof. Beltrán era Doctor en Filosofía y Letras y licenciado en Derecho, pero debe recordársele como un erudito, docente e investigador. Siguiendo las huellas de su padre, ha sido el último representante de la tradición del polígrafo humanista del Renacimiento y la Ilustración, pues a su interés por la Numismática y la Epigrafía añadía la Prehistoria y la Arqueología, la Historia y el Folclore y la Etnología aragonesas, incluyendo su Gastronomía, en la que era reconocido como máximo especialista, sin excluir otros temas del conocimiento. Como investigador, su actividad de campo se centró primero en Cartagena y después en Aragón. Entre tantos campos científicos como cultivó una personalidad tan polifacética y productiva, se le recordará ante todo como el gran especialista en Arte Rupestre Prehistórico, pues sus estudios se extendieron tanto por toda España y por numerosos países de Europa, América, África y Oriente Próximo, viajando para dar conferencias y asistir a congresos.

Su sociabilidad, inteligencia y eficacia le llevaron a desarrollar tareas de interés cultural y social, participando en la organización de numerosas exposiciones y en la redacción de sus catálogos y como miembro activo de patronatos y organismos encargados de la conservación del Patrimonio Histórico-Artístico. Cabe destacar su actividad como Comisario de Excavaciones Arqueológicas en Murcia, Cartagena, Huesca y Zaragoza. En estas actuaciones al servicio del Patrimonio Histórico se enmarcan publicaciones como "La protección del Patrimonio Arqueológico Español", *Análisis e investigaciones culturales*, Madrid, 1981: 53-68, o la redacción de guías divulgativas, como *Valencia (Guías artísticas de España, 1945, reed. 1965)* o su *Breve historia de Peñíscola* (1980), un homenaje cultural a su lugar de veraneo.

En estos campos, hay que reconocer sin discusión su incansable actividad como organizador y participante en coloquios y congresos, pues fue fundador y Presidente de los *Congresos Nacionales de Numismática* desde 1972, así como de los *Congresos Nacionales de Tradiciones y Artes Populares* (I, Zaragoza; II, Córdoba; III, Palma de Mallorca). Pero más destacable es la creación de los *Congresos Arqueológicos del Sudeste Español* (1945-1950) que dieron lugar a los *Congresos Nacionales de Arqueología* (1949-2002), de los que ha sido Secretario General Perpetuo, pues son uno de los legados de mayor calado en la vida intelectual y la investigación españolas de la segunda mitad del siglo XX, ya que constituyen una referencia obligada para medio siglo de la Arqueología Española.

Otra línea de su actividad fueron los museos. Durante su estancia en Cartagena fundó, impulsó y dirigió (1943-1950) el *Museo Arqueológico Municipal* de esa ciudad tan importante de la antigua *Hispania*, cuyos fondos catalogó y publicó. Fue Asesor del *Museo de la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre* desde 1953 hasta su jubilación y, ya en Zaragoza, con carácter honorario y gratuito, fue Director del *Museo Provincial de Bellas Artes* (1956-1974) y fundador y director (1961-1976) del *Museo Etnológico y de Ciencias Naturales de Aragón*.

Una última faceta que cabría resaltar de su personalidad era su vocación de profesor y como divulgador, pues nadie en su campo en España ha sabido llevar a cabo una tan ingente y eficaz labor de difusión de los ricos conocimientos que atesoraba de Arqueología y Etnología, tanto a través de sus prolíficas publicaciones como en artículos de prensa, conferencias e, incluso, en programas de radio, ya que la radio fue otra de sus grandes pasiones. Desde la década de 1950 colaboró en Radio Zaragoza y en otras cadenas, demostrando su gran capacidad como comunicador para hacer llegar con sencillez sus amplios conocimientos a todas las gentes, por lo que recibió el Premio Ondas en 1974 y el Premio Nacional de Prensa y Radio. Hombre dotado de incansable actividad, multiplicaba ésta en cursos, seminarios y conferencias, así como en sus emisiones radiofónicas, artículos de prensa y obras de divulgación gracias a su capacidad de síntesis y versatilidad de palabra, por lo que otra sorprendente actividad del Prof. Beltrán llegó a ser la de pregonero en las fiestas populares, en las que era muy solicitado por su fácil dicción y conocimiento de las tierras y sus gentes.

Antonio Beltrán fue un aragonés de pro. En estos tiempos en que tanto se dan entre nosotros particularismos miopes y empobrecedores por falta de visión del mundo en que vivimos, él se consideraba "ciudadano del mundo, pero nacido en Sariñena", como declaró en un reciente homenaje ante sus hijos, alumnos y admiradores en el Teatro Principal de Zaragoza. Antonio Beltrán supo convertir ese gran cariño a su tierra en una labor eficaz y continua, a lo largo de muchos años, para revitalizar la conciencia de sus coterráneos valorando la Cultura Aragonesa y su patrimonio histórico, artístico, arqueológico y etnológico, su gastronomía y su música, gracias a sus dotes para la difusión. Por ejemplo, contribuyó decisivamente a la revalorización de la magnífica Lonja de Zaragoza y del Palacio de la Aljafería, fue el impulsor de la *Ofrenda de Flores a la Virgen del Pilar*, "acto religioso que se ha convertido en el elemento característico de la tradición zaragozana" realizado desde hace décadas, impulsó la restauración de los frescos de Goya de su Basílica y a su inteligencia y prestigio se debe, en gran medida, la declaración como "Patrimonio de la Humanidad" de las Pinturas Rupestres Levantinas.

No es posible resumir una vida plena de tanta vitalidad. Él mismo recordaba que cuatro ciudades habían

marcado su vida, Valencia, Cartagena, Madrid y Zaragoza. En Valencia cursó los estudios de Filosofía y Letras (sección de Historia) a partir de 1932, que la Guerra Civil interrumpió hasta finalizar en 1942, cursando también Derecho, que finalizó en Zaragoza en 1943. Pero su vida como arqueólogo la inició en Cartagena, que consideraba casi como otra ciudad natal. Allí realizó la primera publicación de los cientos que llevaría a cabo a lo largo de su larga vida, “Un relieve indígena de Cartagena” y “La Torre Ciega de Cartagena” (*Saitabi* 4-5, 1942: 23). En esta ciudad comenzó también su larga actividad docente, como profesor Adjunto de Literatura en el Instituto de Enseñanza Media y, a partir de 1945, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Murcia (1945-1949). En esta ciudad conoció también al Almirante Bastarache, atrayéndole con su gran capacidad de convencimiento para que potenciara la Arqueología (*VII CAN*, 1963: 81-95) y, aunando esfuerzos y voluntades como sólo él era capaz de hacer, comenzó la singular aventura de los *Congresos Arqueológicos del Sureste Español*, que dieron lugar a los *Congresos Nacionales de Arqueología*, empresa que basta para incluirle entre los mayores arqueólogos españoles.

Tras doctorarse en Filosofía y Letras en Madrid en 1946 con una Tesis sobre *Arqueología, Epigrafía y Numismática de Cartagena*, dirigida por el Prof. José Ferrandis Torres, obtuvo por oposición en 1949 la *Cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática* de la Universidad de Zaragoza, ciudad que pasó a ser su centro de actuación. Aunque siempre se sintió aragonés, desde entonces su tierra se convirtió en el campo preferente de estudio y de su actividad profesional, aunque nunca cayó en localismos nacionalistas, hoy tan de moda, pues siempre supo mantener una visión universal, tanto en sus planteamientos como en, sus estudios.

En Zaragoza desarrolló la mayor parte de su vida profesional, que finalizaría como Catedrático de Prehistoria (1981-1986) y tras su jubilación fue nombrado Profesor Emérito. Fue maestro eficaz, dotado de gran capacidad didáctica, que impartía clases teóricas y prácticas, dirigía trabajos de campo y organizaba viajes de estudio para perfeccionar la formación de sus discípulos, siendo igualmente Secretario del Curso de Ampurias (1952) y profesor de los de Jaca (1951-1953), del Sudeste y Baleares (1949) y de Peñíscola y de Gandía de la Universidad de Valencia. También dirigió brillantes tesis doctorales y trabajos de investigación, habiendo dejado multitud de discípulos, entre los que cabe contar a alguno de sus hijos. Su carácter le hizo desempeñar con acierto cargos académicos de gestión y gobierno, para los que estaba muy bien dotado, pues fue Secretario General de la Universidad (1957-68), Vicedecano (1954-1957) y Decano (1968-1988) de la Facultad de Filosofía y Letras, participando de forma habitual en la Junta de Gobierno de la Universidad de Zaragoza, en la que destacó por su gran capacidad de diálogo, comprensión y concordia.

Si es difícil resumir su vida, más lo es su extensa y polifacética obra, que abarca Prehistoria, Arqueología, Numismática, Epigrafía, Historia, Etnología y Folclore de Aragón, etc., como reflejan sus más de 500 publicaciones entre libros, monografías y artículos en revistas especializadas de España y del extranjero, desde las de mayor prestigio internacional a las revistas locales, de las que fue un gran impulsor, sin contar sus numerosas colaboraciones periodísticas.

Un somero análisis de su extensa bibliografía, en parte recogida en los *Estudios en Homenaje al Prof. Dr. Antonio Beltrán Martínez* (Zaragoza, 1986: 11-27), permite comprender las características de su obra y las líneas directrices de su actividad profesional. Destacan sus más de 150 libros y artículos sobre arte rupestre, disciplina en que era un reconocido especialista. Sobre Arqueología y ciencias relacionadas escribió hasta 50 artículos dedicados a Cartagena, 160 a temas arqueológicos de Aragón, un centenar sobre Prehistoria en general y otros tantos sobre Numismática. Además, ha fundado, dirigido y editado diversas revistas y publicaciones especializadas, entre las que queremos destacar las *Publicaciones de la Junta Municipal de Arqueología de Cartagena* (1943), el *Boletín Arqueológico del Sudeste Español* (1944-1949), *Caesaraugusta*, cuyo 50 aniversario se celebró en 2001 (“Cincuenta años de *Caesaraugusta*”, vol. 75,1: 9-14) y *Numisma*, órgano de difusión de la SIAEN, así como la serie *Monografías Arqueológicas* del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Zaragoza creada en 1966, en la que se han publicado trabajos que han quedado para siempre como obra de referencia. Sin embargo, su mayor empeño en este ámbito fue el impresionante esfuerzo como editor de los *Congresos Arqueológicos del Sudeste Español* y de los *Congresos Arqueológicos Nacionales* (1944-2002).

Por su mayor trascendencia para la Ciencia Española, es preciso destacar su papel en los estudios sobre Arte Rupestre Prehistórico, Numismática, Epigrafía ibérica y sobre Aragón y los estudios locales, así como por la creación de los citados *Congresos Arqueológicos Nacionales*. La figura de Antonio Beltrán quedará siempre asociada a su interés por el *Arte Rupestre*, campo en el que ha sido justamente considerado como experto mundial al ser designado Asesor de la UNESCO para el Arte Rupestre. Así lo avalan sus estudios de cuevas y abrigos y sus publicaciones sobre Arte Paleolítico, Levantino, Esquemático y de otras áreas culturales, como las Canarias y otras regiones de Europa, América, África y Oriente Próximo, donde ha pronunciado conferencias sobre estos temas y ha participado en congresos.

Con razón, se le ha considerado como “maestro y referente obligado de varias generaciones de estudiosos de las manifestaciones rupestres prehistóricas”, pues, probablemente, es el español que más ha aportado con sus investigaciones al Arte Rupestre Prehistórico, especial-

mente del Arte Rupestre del Levante Español, pues ha estudiado abrigos y cuevas con pinturas levantinas y esquemáticas en Huesca, Teruel, Castellón, Valencia, Murcia, etc., siendo el impulsor de la declaración del *Arte Rupestre Levantino* como *Patrimonio Mundial de la Humanidad* (cf. “El Arte Prehistórico del Arco Mediterráneo y el Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO”, en *BARA: Boletín de arte rupestre de Aragón* 2, 1999: 11-14). Así lo avalan sus monografías sobre numerosos yacimientos, en su mayoría publicados en las *Monografías Arqueológicas* de Zaragoza, como *La cueva de los Grajos* (Cieza, Murcia), en 1969; *La cueva del Charco del Agua amarga y sus pinturas*, en 1970 y, en 1972, *Las pinturas esquemáticas de Lecina* (Huesca) y *Los abrigos pintados de la Cañaica del Calar y Fuente Sabuco* (Murcia); *Las pinturas rupestres de La Sarga* (Alcoy, Alicante), en 1974, así como a él se deben las mejores síntesis existentes sobre este tema, como *Arte Rupestre Levantino* (Zaragoza, 1967) y *De cacciatori ad allevatori: L'arte rupestre del Levante spagnuolo* (Milán, 1980), obra traducida al inglés, alemán y castellano. Su espléndida labor en este campo ha sido reconocida al dar su nombre al *Centro de Arte Rupestre de Aragón “Antonio Beltrán Martínez”*, dependiente del Departamento de Educación y Cultura del Gobierno de Aragón y del Museo de Zaragoza.

También ha impulsado el *Catálogo de Arte Prehistórico* y ha sistematizado estos conocimientos. No menos importantes son sus publicaciones sobre cuevas paleolíticas de Guadalajara, Burgos, Guipúzcoa, Santander y del Sur de Francia, con monografías como *La cueva de Le Portel* (Zaragoza, 1966), *La cueva de Bédeilhac* (Zaragoza, 1967) o *La cueva de Niaux* (Zaragoza, 1973) referencias obligadas en estos estudios que suponen una de las primeras aportaciones españolas a la ciencia prehistórica allende nuestras fronteras.

Otra área de Arte Rupestre Prehistórico cultivada con acierto por el Prof. Beltrán han sido las Canarias, con artículos como “Consideraciones sobre el arte rupestre de las Islas Canarias” (*XII Congreso Arqueológico Nacional*, 1973: 267-270), “El arte rupestre canario y las relaciones atlánticas” (*Anuario de Estudios Atlánticos* 17, 1971: 281-306), tema retomado en “Relationship between the rupestrian art in the Canary Islands and the atlantic world during the Bronze Age” (*International Symposium on Rock Art*, Oslo, 1978: 85-86) o “Notas sobre la cronología del arte rupestre de las Islas Canarias” (*VIII Congreso Internacional de Prehistoria*, Belgrado, 1973: 196-199), además de sus monografías *Los grabados del Barranco de Balos. Gran Canaria* (Las Palmas, 1971), que obtuvo el Premio Martorell, de Barcelona y *La cueva pintada de Gáldar. Gran Canaria* (Zaragoza, 1973). Su capacidad para estudiar cualquier manifestación de Arte Rupestre la confirman sus variados estudios, sobre arte rupestre prehistórico europeo en general (*Bajo Aragón. Prehistoria* 7-8, 1986: 9-40), las

pinturas de Porto Badisco, en Cerdeña (*Annali del Museo Civico di La Spezia* II, 197-180: 65-80) o de Olmeta du Cap en Córcega (*Caesaraugusta*, 29-30, 1967: 105-110), la cueva de Kapova en los Urales (*Bulletin de la Société préhistorique de l'Ariège* 19, 1964: 41-47) o el arte rupestre sahariano (*Caesaraugusta* 63, 1986: 11-16), etc.

Los también numerosos trabajos sobre Arqueología estuvieron en parte orientados por sus circunstancias vitales, como sus valiosos estudios sobre *Cartago Nova* y sobre ciudades romanas de Aragón, cuyos monumentos, vías y puentes romanos donde también estudió, lo que explica su participación en la *The Princeton Encyclopedia of Classical Sites* (1976). Pero no se debe olvidar su interés por las excavaciones submarinas desde 1952, en las que fue pionero en España gracias a la ayuda del Almirante Bastarreche. Igualmente, investigó la cultura dolménica aragonesa entre 1952-1954, el mundo ibérico y prerromano en general y, en especial, la Edad del Hierro del Valle del Ebro, con importantes excavaciones y estudios sobre Cabezo de Monleón de 1954 a 1966 y sobre Botorrita entre 1973-1983, tras el descubrimiento de los famosos bronce epigráficos, que resucitaron con polémica el vasco-iberismo, hasta publicar con A. Tovar la importante inscripción celtibérica *Contrebia Belaisca 1. El bronce con alfabeto “ibérico”* (Zaragoza, 1982). Además, convendría recordar, entre otras obras, su *Arqueología Clásica* (Madrid, 1949), síntesis escrita en tiempos difíciles cuando no era posible acceder a buenos centros de estudio, o *Augusto y su tiempo en la Arqueología Española* (Madrid, 1972), además de numerosos trabajos sobre el mundo romano en Cartagena y Aragón.

Junto a sus estudios sobre Arqueología hay que reseñar los numerosos sobre Numismática y Epigrafía, siguiendo la tradición de D. Pío Beltrán, que abarcan no sólo la Antigüedad, sino la Numismática Medieval y Moderna, incluidas la Medallística. Era redactor de *Hispania Antiqua Epigraphica* y reconocido especialista en la escritura y lengua ibéricas, siguiendo las tradiciones del vasco-iberismo heredadas de su padre. Muy famoso ha sido su *Curso de Numismática* (Cartagena, 1950, con diversas reediciones), una madura obra de síntesis realizada en plena juventud. Otras obras suyas destacables son *Numismática de los Reyes Católicos* (Zaragoza, 1952, con P. Beltrán), *XXV siglos de Numismática Española* (Madrid, 1978), *La moneda Hispano Americana* (Madrid, 1978), *Historia de la moneda española a través de cien piezas del museo de la F.N.M.T.* (Madrid, 1983) o *La Moneda: una introducción al estudio de la Numismática* (Madrid, 1983), sin contar estudios que abarcan desde la moneda prerromana a las monedas y medallas actuales. Además, fue un notable impulsor de la labor de la *Fábrica Nacional de Moneda y Timbre*, en la creación de tipos, edición de sellos y medallas conmemorativas, en la publicación de su revista *Numisma*, en el impulso a la *Sociedad Iberoamericana de Estudios*

Numismáticos (SIAEN) de la que era Presidente, así como de los *Congresos Nacionales de Numismática*, hasta el IX celebrado en Zaragoza el año 2002, o de mesas redondas como la que organizó y editó sobre *La moneda aragonesa* (Zaragoza, 1982).

Otro campo de estudios ampliamente desarrollado por Antonio Beltrán fue la Etnología. Su papel en estos estudios es aún más importante, pues durante su vida han desaparecido en España para siempre y sin que nadie las estudiara formas de vida de tradición ancestral a causa de la transformación de las áreas rurales. En este sentido, Antonio Beltrán puede considerarse como pionero de los estudios etnológicos, tan escasamente desarrollados en España. Ha sabido rescatar, dar a conocer y valorar ante la sociedad las manifestaciones de la Cultura Popular Aragonesa, en riesgo de desaparición como en tantas otras partes, pero que gracias a su tesón se han estudiado y en parte conservado antes de desaparecer. Por ello, resultan fundamentales sus estudios sobre costumbres, tradiciones, folklore y etnología de todo Aragón, estudios que ha completado con una ejemplar labor de difusión de estos aspectos de la cultura aragonesa hecha con amor y dedicación, que ha conducido a la revalorización social de fiestas, música y bailes tradicionales, como la jota aragonesa o los diversos “dances”, los vestidos y las tradiciones culinarias.

Entre sus también muy numerosas publicaciones en este campo, la mayoría editadas en Zaragoza, cabría señalar desde trabajos de análisis concreto, como “Etnología y antropología cultural en la comarca del Moncayo” (*Turiaso* 10,2, 1992: 565-600), “Cantos de bodega” (*Narría: Estudios de artes y costumbres populares* 51-52, 1990: 51-53), “La contradanza de Cetina” (*idem.*, 51-52, 1990: 43-47) a obras de síntesis, en ocasiones recogiendo publicaciones dispersas, como *Nuestras tierras y nuestras gentes*, I-IV (1968 a 1973), galardonada con el Premio Ondas, *Introducción al folklore aragonés*, I y II (1978 y 1980), *Introducción al folclore aragonés* I-II (1980), *El Dance aragonés* (1982), *Indumentaria aragonesa* (1986), *Pueblos de Aragón* (I, 1989) o *Aragón y los aragoneses. Aragón y las aragonesas* (1996), dedicado a analizar las gentes de Aragón fuera de los tópicos habituales. Dentro de este campo tan olvidado pero de tanta riqueza en la cultura española, el Prof. Beltrán siempre comentaba con su humor característico el éxito alcanzado por sus trabajos sobre la Cocina Popular Aragonesa. Atraído por estos temas como prueba su estudio sobre “Agricultura, ganadería, alimentación y cocina en época romana” (*Serie histórica* 6, 1990: 87-111), a Antonio Beltrán se le reconocía como máxima autoridad en la cocina aragonesa, siendo autor de obras como *Gastronomía aragonesa* (Zaragoza, 1994, con José Manuel Porquet Gombáu), repetidas veces reeditada, siendo el fundador de la *Academia Aragonesa de Gastronomía*, que impulsó y presidió y de la que recibió un merecido homenaje en marzo de 2004.

Su interés por Aragón le llevó a interesarse por todas las facetas de su cultura, desde la Prehistoria y la Arqueología a la Numismática y la Etnología, abarcando todos los campos de su polifacética actividad. Por ello, el Prof. Beltrán debe ser considerado uno de los mayores investigadores de la identidad, la historia y las costumbres de Aragón, que ha sabido transmitir suscitando en todos el interés por el pasado y la cultura aragonesas. Así lo atestiguan sus publicaciones, conferencias y charlas radiofónicas y los innumerables premios y condecoraciones recibidos.

Sus muy numerosas publicaciones en este campo se inician con estudios como “Acerca de dólmenes pirenáicos occidentales” (*Archivo Español de Arqueología* 25, 1952: 345-348), pero cabe destacar la *Prehistoria del Bajo Aragón*, escrita con E. Ripoll y M. Almagro Basch (Teruel, 1956), que fue premio Gómez de Miedes del Ayuntamiento de Alcañiz, trayectoria proseguida por numerosas publicaciones, como *Aragón y los principios de su Historia: Síntesis de Arqueología aragonesa (Leción inaugural del curso académico de la Universidad de Zaragoza, 1974)*, *Historia de Zaragoza* 1. *Introducción, Historia Antigua* (1976), *Zaragoza, 2.000 años de Historia* (1976), *De Arqueología Aragonesa I* (1978), etc. Fue inspirador y editor del *Atlas de Prehistoria y Arqueología Aragonesas* (1980), sin olvidar su *Arte Prehistórico en Aragón* (1993). En Numismática Aragonesa, entre sus variados artículos, cabe citar *El Dinero y la circulación monetaria en Aragón* (1981). También fueron numerosos sus estudios dedicados al Patrimonio Artístico aragonés, gracias a su polifacética capacidad, con obras como la guía del *Museo Provincial de Bellas Artes de Zaragoza* (Madrid, 1964) y las monografías sobre *La Aljafería* (1977, 1998), *Goya en Zaragoza* (1971), estas dos últimas merecedoras del *Premio Luzán, Zaragoza y su provincia* (1966, con 3 edic.) o la obra *Loa de Zaragoza y su provincia* (Zaragoza 10, 1959: 105-112), que incluso sirvió de guión de película.

Pero su altura de miras le permitió no caer nunca en localismos esterilizadores, sino que fue una de las figuras más relevantes de los Estudios Locales, que él supo impulsar y darles la altura y trascendencia que merecen, al comprender su importancia para un desarrollo integral y equilibrado de toda España en el mundo actual. Utilizó su públicamente reconocida experiencia como aragonés de pro, que había sabido impulsar como nadie la cultura de su tierra, al ser designado Vocal de la Comisión Ejecutiva del Patronato José M^a Cuadrado del CSIC y supo plasmar estas inquietudes en obras como *Prehistoria y arqueología en los estudios locales* (Zaragoza, 1985).

Además de las actividades señaladas, no se deben olvidar otros campos en los que su obra no resulta menos valiosa, pues ayudan a perfilar su personalidad polifacética y humanística. Por su sentido crítico y respetuoso se hizo cargo del estudio de una reliquia tan significativa como el Santo Grial de la Catedral de Valencia, que lle-

vó a cabo de modo exhaustivo, publicándolo en su *Estudio sobre el Santo Cáliz de la Catedral de Valencia* (Valencia, 1960, reed. 1984). No menos interesante en este aspecto es su ensayo “Breve nota sobre los retratos de Cristo en monedas de la Alta Edad Media y el Sindone de Turín” (*Aragón en la Edad Media* 10-11, 1993: 101-108) o su análisis de la curiosa imagen de la Virgen de Lidón, Patrona de Castellón, bajo la que descubrió un posible ídolo de piedra neolítico.

También debe incluirse al Prof. Beltrán entre los especialistas en Historiografía española, pues su aguda visión y amplio conocimiento de personas y circunstancias dan a sus acertados juicios especial interés. Así lo manifiesta la publicación de semblanzas que gustaba hacer, como la dedicada a “Domingo Fletcher Valls, en el recuerdo” (*Arse* 28-29, 1994: 7-20), o las recogidas en *Arqueología y Arqueólogos en Zaragoza a partir de 1908* (Zaragoza, 1956) y en *Aragoneses Ilustres* (1983, con M. Beltrán Lloris y G. Fatás). Pero su obra más representativa en este aspecto es su propia autobiografía, *Historia de mi vida* (en cinco volúmenes, el último, *Épilogok*, editado en 2005), imprescindible para comprender la Arqueología Española de la segunda mitad del siglo XX, junto con sus reflexiones globales, igualmente autobiográficas, contenidas en *Ser Arqueólogo* (Madrid, 1988).

Por último, también tiene ensayos en el campo del pensamiento, como “Ciencia y creencia” (*Revista de Occidente* 179, 1996: 144-149), “Una reflexión serena y objetiva: Galileo y el intento de autorrehabilitación de la Iglesia Católica” (*Arbor* 629, 1998: 69-108), “Incorreción, circunstancial, subsidiario, inexistente: el modelo hermenéutico de Justiniano Casas” (*Endoxa. Series Filosóficas* 13, 2000: 209-218) o su aproximación al Arte Contemporáneo en “Símbolos prehistóricos en los grabados de Picasso; un notable caso de convergencias de ideas”, publicado en el *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar* (1994: 29-44).

Su dilatada y fecunda carrera profesional le hizo ocupar numerosos cargos y colaborar con importantes instituciones regionales, nacionales e internacionales, pues su vitalidad y don de gentes le hacían acreedor de nombramientos y distinciones, que aceptaba con eficacia los unos y con su modestia habitual las otras. Destaca su labor en la *Union Internationale des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques* de la UNESCO desde su Congreso en Madrid de 1954, del que fue Secretario General, pasando a ser muchos años miembro del Consejo Permanente, del Comité Ejecutivo y Presidente de la 9 Comisión (Arte Rupestre). También fue Secretario del Comité de Arte Rupestre adscrito al *International Council of Monuments and Sites* dependiente de la UNESCO.

Era miembro de medio centenar de academias y sociedades científicas nacionales e internacionales de Estados Unidos, Alemania, Francia, Italia, Portugal y Perú, no sólo de su especialidad, sino de otras de carácter

cultural. Fue Numerario de la *Institución Fernando el Católico*, del *Deutsches Archaeologisches Institut* (1953) y Académico y Vicedirector 10 de la *Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis* de Zaragoza y Miembro de Honor de la *Association de Préhistoire et Spéologie Ariégeoise*, de la *Asociación Numismática Española* de Barcelona, del *Instituto de Estudios Gienenses*, del *Círculo Filatélico y Numismático* de Barcelona, del *Instituto de Estudios Turolenses* y del *Seminario Sautuola*, de Santander, y fundador y Presidente de la *Sociedad Ibero-Americana de Estudios Numismáticos (SIAEN)* y de la *Academia Aragonesa de Gastronomía*, así como Académico Correspondiente de la *Real Academia de la Historia* (1946), en la que llegó a ser decano de los correspondientes, la *Associação dos Arqueólogos Portugueses* de Lisboa (1946), la *Sociedade Portuguesa de Antropología e Etimología*, la Universidad de Oporto (1946), la *American Numismatic Society*, de Nueva York (1947), la *Association Internationale d'Archéologie Classique* (1948), el *Istituto di Studi Liguri* (1948), la *Real Sociedad Arqueológica Tarraconense* (1953), la *Sociedade Portuguesa de Numismática* de Oporto (1953), la *Real Academia de Bones Lletres* de Barcelona (1959), la *Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, la *Sociedad Peruana de Numismática de Lima*, el *Centro Camuno di Studi Preistorici*, el *Instituto de Estudios Oscenses*, la *Academia de Santa Isabel de Hungría de Sevilla*, la de *Bellas Artes de San Carlos* de Valencia y el *Museo Canario*, de Las Palmas de Gran Canaria.

Como se ha señalado, fue también Comisario Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Murcia (1945-1949), Local de Cartagena (1949) y provincial de Huesca (1950) y Zaragoza (1952), así como Miembro de la Junta Consultiva de Excavaciones Arqueológicas. También era el Secretario General Perpetuo de los Congresos Arqueológicos Nacionales desde 1940 y Miembro de Honor del Centro de Estudios Locales del CSIC, que presidió con su reconocida eficacia durante varios años. Igualmente, fue Colaborador Honorario del Instituto Diego Velázquez del CSIC, Jefe de Sección del Instituto Rodrigo Caro, del CSIC, en Zaragoza y *Cronista Oficial de la Ciudad de Zaragoza*, cargo para el que fue nombrado en 1988 y que ejerció hasta su fallecimiento.

En su intensa vida, llena de tanta actividad, recibió numerosas distinciones y premios. Fue nombrado Hijo Predilecto de Sariñena, su población natal, y de la Ciudad de Zaragoza, así como *Aragonés de Honor* por “El Periódico de Aragón”. Entre los numerosos premios recibidos, cabe señalar el *Premio del Ayuntamiento de Cartagena* (1949), el *Gómez de Miedes* del Ayuntamiento de Alcañiz (1956) por su *Prehistoria del Bajo Aragón*, el *Premio Luzán* del Ayuntamiento de Zaragoza (1970 y 1971) por sus obras *La Aljafería* y *Goya en Zaragoza*, el *Premio Martorell* por *Los grabados del Barranco de Balos* (1971), el *Premio Ondas*, en 1974 y el *Premio Nacional de Prensa y Radio* al mejor programa

Noticias y Recensiones

cultural. Recibió la *Medalla de Oro de la Ciudad de Zaragoza* y el *Premio Aragón de Humanidades* (1991) y poseía el *Vitor de Plata del SEU*, la *Encomienda de la Orden de Cisneros*, la *Medalla de Oro de las Cortes de Aragón* (2000), la *Encomienda con placa de la Orden Civil de Alfonso X El Sabio* y *Les Palmes Académiques*.

La entrañable y señera figura del Prof. Antonio Beltrán ya descansa en paz. Aunque cuantos le hemos conocido siempre notaremos su ausencia, su impresionante legado quedará como estímulo para cuantos deseen sino emular su obra, algo imposible en las generaciones

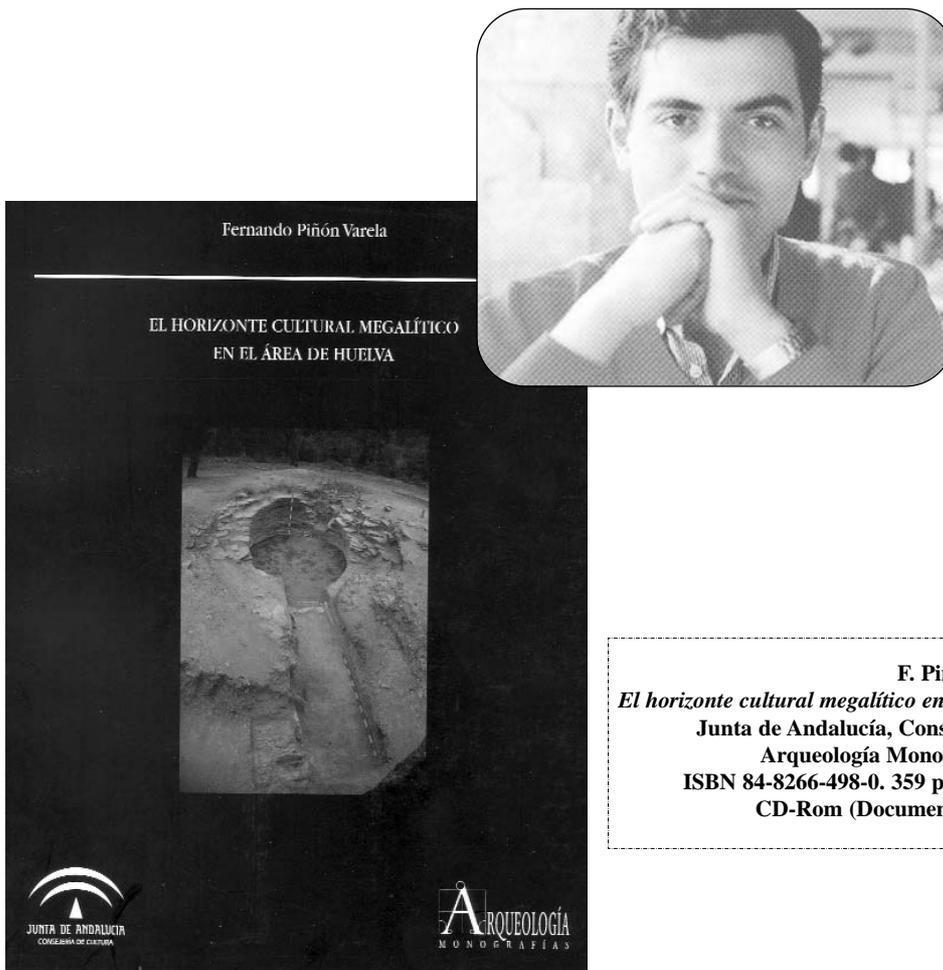
actuales, sí para reflexionar y comprender cuánto puede enriquecer una formación poligráfica y humanista unida a un continuo esfuerzo. Por ello su vital personalidad ha pasado a ocupar para siempre el alto lugar que merece en la Cultura Española.

Martín Almagro-Gorbea

Departamento de Prehistoria. UCM

A FERNANDO PIÑÓN VARELA (1957-1988)

Con motivo de la publicación póstuma de su obra
El horizonte cultural megalítico en el área de Huelva



F. Piñón Varela (2005):
El horizonte cultural megalítico en el área de Huelva.
Junta de Andalucía, Consejería de Cultura.
Arqueología Monografías 22, Sevilla.
ISBN 84-8266-498-0. 359 págs., 204 figuras +
CD-Rom (Documentación y Análisis).

El día 23 de Febrero de este año 2006, se ha celebrado un sencillo y emotivo homenaje académico en memoria del Dr. Fernando Piñón Varela, que fue un brillante Profesor del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense, hasta su temprana desaparición en plena juventud, con motivo de la publicación de su obra póstuma, *El horizonte megalítico de la Provincia de Huelva*. Al acto, celebrado en la Sala de Grados de la Facultad de Geografía e Historia, estuvo presidido por la Ilma. Decana, Prof^a. Dra. Mercedes Molina, con el acompañamiento de amigos y colegas, del Departamento de Prehistoria y de otras instituciones.

Es todavía difícil valorar la obra de un arqueólogo tan brillante como Fernando Piñón Varela, cortada en plena juventud, antes de que llegara a la plenitud que auguraba por su calidad y cantidad, pues su prematura muerte nos privó de ella y, sobretudo, de un colega ejemplar.

Nacido en Madrid en 1957, se licenció en la Universidad Complutense en 1979 con un brillante expediente y muy joven se sintió atraído hacia la Prehistoria, dada una vieja y profunda relación familiar con el Prof. Hugo Obermaier, el gran prehistoriador de la primera mitad del siglo XX, fundador del Seminario de Historia Primi-

tiva del Hombre en la Universidad Complutense e instructor en España de la Prehistoria científica.

Tras su licenciatura, bajo la dirección de mi padre, el Prof. Martín Almagro Basch, discípulo de Obermaier, comenzó una ejemplar línea de estudios, que supo desarrollar al mismo tiempo que maduraba su formación en Prehistoria y se preparaba como investigador y como docente, pues trabajó y colaboró tanto en el Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense, como en el Instituto Español de Prehistoria del CSIC y en museos y organismos de protección y difusión del Patrimonio Arqueológico.

En su vida, por vocación, quiso seguir la trayectoria de Hugo Obermaier, lo que le llevó a querer ser el “continuador”, si se sabe entender de forma figurada, de la labor de dicho gran prehistoriador. Por ello, el Dr. Piñón ha sido, de forma consciente, el último y ciertamente uno de los más brillantes seguidores de la “Escuela de Obermaier”.

Mi contacto personal y profesional con Fernando Piñón fue corto, pues yo estaba en la Universidad de Valencia y en la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma durante sus años de estudiante de inicio de la profesión. Pero pronto supe de él por mi padre, el Prof. Martín Almagro, de su admiración por Obermaier, de sus brillantes estudios y del aprecio que despertaban sus cualidades humanas y su buen trabajo. Este contexto, como seguidor de la “estela” de Obermaier y en estrecha relación con mi padre, permite enmarcar su primera línea de trabajo. Fue el estudio del Arte Rupestre y Megalítico, un tema bien tratado por Obermaier y ampliamente cultivado por Almagro. En esta línea de trabajo, abordó diversos trabajos en Soria, Toledo y en Albarracín, Teruel, dedicando su Tesis de Licenciatura a *Las Pinturas rupestres de Albarracín (Teruel)*. Si el tema de estudio puede considerarse propio de la “Escuela Obermaier”, aunque dicho prehistoriador, dada su amplitud de espíritu, no parece que pueda reconocérsele una escuela en sentido ideológico, Fernando Piñón supo aportar, junto a interesantes precisiones analíticas, una renovación en los planteamientos cronológicos, renovando la en su día renovadora postura de Almagro, y profundizando en su contexto cultural, campos en los que, desde sus primeros trabajos de investigación, ya señalaba su indudable personalidad científica y su carácter renovador.

Otro campo que le atrajo particularmente fue el Calcolítico y la Edad del Bronce del Mediterráneo Occidental, en especial de Andalucía, la Meseta, las Islas Baleares y el Norte de África. Además, fue el redactor principal del *Repertorio de Bibliografía de Prehistoria y Arqueología Españolas (RAE)*, de los años 1980 a 1987, editado por el Ministerio de Cultura, que constituye otra prueba de su infatigable y eficaz actividad.

Pero su interés principal, al que muy pronto se dedicó con especial ahínco, fue el mundo megalítico de la Península Ibérica. Sus trabajos constituían la continuidad

de los iniciados por Hugo Obermaier en el primer tercio del siglo XX, proseguidos por Georg y Vera Leisner y otros autores después de la Guerra Civil, pero, al mismo tiempo, supo romper con las inercias arraigadas en esta tradición de estudios. Para ello trabajó durante varios años en la provincia de Huelva, donde organizó y dirigió diversas campañas de excavación, entre las que destaca las realizadas en los dólmenes de Huelva, como los megalitos de El Soto, El Pozuelo, Aroche y el poblado de Los Vientos de la Zarcita, dentro de los cuales siempre dedicó especial atención al Arte Megalítico.

Fernando Piñón representó una profunda renovación de los estudios de la Prehistoria de la Península Ibérica como evidencia *El horizonte cultural megalítico de Huelva*, que constituye su principal obra científica en su breve pero tan brillante actividad científica. Nadie en esos años, ni siquiera hoy, ha sabido comprender el interés del mundo megalítico como uno de los campos de estudio más importantes de la Prehistoria de la Península Ibérica, pues añade a su propio atractivo científico el de ser el substrato etnocultural de gran parte de la Europa Occidental, en especial de todas sus regiones atlánticas. Por ello, su monografía sobre este tema carece de parangón en la arqueología prehistórica española y vino a llenar un amplio y largo vacío sobre un campo de estudios tan significativo.

El fruto de estas investigaciones le permitieron defender con todos los honores su brillante Tesis Doctoral sobre *El horizonte cultural megalítico en el área de Huelva*, trabajo que inició en 1979 con el Prof. Martín Almagro Basch, Director del Departamento de Prehistoria y que, al morir éste, defendería ya bajo nuestra dirección en 1987. Esta empresa fue fruto de los mejores años de Fernando Piñón, en la que muestra sus dotes y experiencia como arqueólogo de campo, al tiempo que, como investigador, utilizaba con maestría los métodos más adecuados dirigidos a resolver los problemas que sus presupuestos teóricos planteaban. Por ello, a pesar de su juventud ha dejado una visión actualizada sobre el mundo megalítico en el Suroeste de la Península Ibérica, visto desde la provincia de Huelva, que, por su complejidad y riqueza, puede considerarse uno de los más importantes focos del mundo megalítico de Europa. Prueba de la dificultad de este estudio y de la calidad de sus resultados es que desde entonces, nadie, como tampoco lo había habido previamente, ha intentado ofrecer una visión de conjunto semejante en ninguna otra área del complejo mundo megalítico ibérico.

Sus casi 2000 páginas de apretado texto, sin contar láminas, dan idea del ingente trabajo realizado en los pocos pero intensos años dedicados a la elaboración de esta Tesis Doctoral, cuya dirección asumí con sumo gusto, pues fue para mí una posibilidad de profundizar en los estudios megalíticos, ya que la madurez científica de su autor apenas necesitaba de otro apoyo que la siempre estimulante discusión entre colegas.

Por ello, es de agradecer esta visión, avalada por la buena formación y la experiencia en estos campos de estudio. Fernando Piñón, aborda la obra con profundidad y gran amplitud de criterios, lo que explica los novedosos resultados logrados, que pueden considerarse la mejor síntesis sobre el mundo megalítico existente en la actualidad en la Península Ibérica. Sus novedosas hipótesis de trabajo permitieron ya entonces renovar la metodología y abrir nuevas perspectivas que, gracias a esta obra, han posibilitado el avance posterior de los conocimientos en los estudios sobre el fenómeno megalítico de la Península Ibérica, tan interesante por sus profundas relaciones con el desarrollo de toda la Europa Occidental.

La obra recoge la extensa y valiosa documentación sobre el mundo megalítico onubense, incluida la descripción de los monumentos y de su ajuar y las novedosas aportaciones de las excavaciones realizadas por Piñón en La Zarcita de los Vientos, presentados en un DVD de modo, quedan a disposición del público los datos que documentan su intenso trabajo y que hacen de esta obra un referente obligado para futuras investigaciones. En consecuencia, constituye una monografía que puede considerarse como “clásica”, en el sentido de servir de referente obligado en estos campos de estudio, incluso cuando su actual visión haya sido parcialmente ya algo superada por el lógico avance de la Ciencia.

Tras una detallada visión crítica de la historiografía del mundo megalítico onubense acertadamente enmarcada en la evolución de los estudios sobre el megalitismo en España, en especial en Andalucía, la obra aborda, con una lúcida e innovadora visión crítica, las construcciones megalíticas y su contexto cultural, planteando temas entonces muy novedosos y que hoy forman parte habitual de estos estudios, como el concepto de “cultura” megalítica, el concepto de espacio y de territorio funerario y, por último, el ritual. A continuación, el capítulo final trata sobre la secuencia cultural local, debidamente analizada desde los nuevos planteamientos cronológicos, y, enmarcada en ella, el desarrollo cultural del fenómeno megalítico en el proceso de poblamiento de toda el área de Huelva, como ejemplo ilustrativo de todo el Sudoeste de la Península Ibérica.

El horizonte cultural megalítico en Huelva representa desde su realización un hito en los estudios prehistóricos de la Península Ibérica. Fernando Piñón Varela puso su mejor esfuerzo y su valioso juicio en esta obra que constituyó su Tesis Doctoral, pero que era un trabajo innovador y con gran perspectiva de futuro por la renovación que suponía. Por ello, esta obra, ya clásica desde su realización, pero que hasta su actual publicación difícilmente podía ser consultada, es un monumento a la memoria de la actividad profesional tan ejemplar de su autor, por ser una síntesis esencial sobre el megalitismo en la Península Ibérica, a su vez imprescindible para avanzar en los estudios de este atractivo campo de toda la Prehistoria de Europa Occidental. Esta obra testimonia

su inteligencia, su esfuerzo constante y su eficacia en el trabajo, reflejo de su madurez personal y científica y de una profesionalidad ejemplares, que obligan a considerar a Fernando Piñón, a pesar de su juventud, como el mejor especialista en el mundo megalítico de la Península Ibérica. En este campo tan atractivo de nuestra Prehistoria.

A pesar de su corta vida, gracias a su extensa y valiosa obra, Fernando Piñón puede considerarse el más brillante miembro de la generación de arqueólogos españoles que representó en los estudios prehistóricos el cambio que supuso la profunda transformación social y política de España a partir de 1975.

Su ejemplar actividad investigadora, comenzada ya en sus años de estudiante gracias a su temprana vocación, permite comprender que realizara casi 100 publicaciones, con importantes aportaciones llenas de profundo sentido crítico, además de más de 40 recensiones, que quedan como testimonio de la personalidad de este investigador, uno de los más brillantes de la Arqueología Española del siglo XX, a pesar de una vida tan breve como fue la suya truncada por una fatal enfermedad. En este sentido, una vez más la obra de Piñón permite destacar su personalidad. Sus numerosas y brillantes publicaciones testimonian su eficacia en el trabajo, tarea esencial en todo campo de estudios, pues para la sociedad, que sostiene las investigaciones de una u otra forma, sólo se sabe y aprovecha lo que se da a conocer. Por ello, no publicar debidamente lo que se excava será siempre una de las mayores faltas de profesionalidad. Esta postura de Piñón contrasta con la de muchos arqueólogos actuales, en parte por falta de medios, en parte por culpa de una Administración burocrática tantas veces apartada de la realidad y de los intereses de la sociedad, pero también, en muchos casos, por falta de verdadera profesionalidad. Es interesante observar cómo, en un aspecto tan esencial, de manera probablemente inconsciente, pero no casual, la personalidad de Piñón vuelve a encajar con la tradición del modo de ser y de trabajar de Obermaier y de Almagro, otra prueba de su pertenencia a esta “escuela”, en un hecho tan característico como su sentido de eficacia y de servicio a la ciencia. Tal vez su ejemplo ayude a comprender cómo, sin esta deontología, no se puede ser un buen profesional.

Aunque sea todavía más difícil entrar en el campo de la calificación humana, el Prof. Piñón fue un hombre en pleno sentido de la palabra, lo que debemos apreciar especialmente en una facultad de estudios humanísticos. Yo lo recuerdo, sin caer en un innecesario elogio fúnebre, como una gran persona, muy por encima de la media, sin desmerecer por ello a nadie, pues era hombre entrañable, además de un gran profesional, no sólo por su saber, sino también por su buen hacer, una cualidad mucho más rara y apreciable. El tiempo todavía ha engrandecido más la figura de Fernando Piñón, como hombre de bien y como

una persona con una inteligencia teórica y práctica claramente destacadas, pero, además, con el pundonor del buen profesional, que buscaba la máxima calidad de su trabajo por vocación, no por mero prestigio, aunque este, como es lógico, le llegara pronto, como se dice, “por añadidura”. A ello se sumaba una fuerte voluntad, que se traducía en la constancia en el esfuerzo. Solo así se llega a comprender, en aquellos años y con los medios prácticamente de su esfuerzo casi solitario, una empresa tan ardua, aunque tan cómoda para los demás, como fueron los citados *Repertorios de Bibliografía Hispánica*, por desgracia interrumpidos desde su muerte y que tan útiles eran y siguen siendo para la Prehistoria Española.

En esta línea de su personalidad, supo romper sin esnobismos con un estado de la cuestión anclado en postulados anquilosados, que sus investigaciones pusieron al día, aunque, desde entonces se echa en falta otra persona capaz de recoger esta antorcha y proseguir la senda marcada. Supo conjugar las nuevas metodologías desde sus nuevas perspectivas y aunar sus supuestos teóricos con magníficos trabajos de campo, que incluían desde la

prospección y el estudio del territorio a la excavación y la valoración patrimonial de los yacimientos.

Aunque todos los compañeros y amigos de Fernando Piñón seguimos sintiendo hoy su pérdida casi como el día de su muerte, a pesar del tiempo ya transcurrido, también su obra, ahora publicada, nos recuerda su grata memoria y es para todos un renovado motivo de alegría. *El horizonte cultural megalítico en Huelva*, editado gracias al esfuerzo de quienes han sabido cultivar su recuerdo y su amistad, en especial de la Dra. Isabel Martínez Navarrete, impulsora de esta edición, nos queda como memoria viva de Fernando Piñón y como útil testimonio de su grata amistad, de su trabajo y de su ejemplar aportación a nuestra Cultura y nuestra Ciencia, ya que, aunque la vida de los hombres pasa, sus grandes obras permanecen.

Martín Almagro-Gorbea

Departamento de Prehistoria. UCM

Proyecto de cooperación cultural de la UCM con Etiopía: un museo para Benishangul-Gumuz

En la segunda convocatoria de proyectos de cooperación de la Universidad Complutense (2005), convocados por el Vicerrectorado de Relaciones Institucionales y Ayuda al Desarrollo, un equipo del Departamento de Prehistoria solicitó y le fue concedido, con una subvención de 11.400 euros, un proyecto para comenzar la instalación del museo regional del estado de Benishangul-Gumuz, en la parte occidental de Etiopía.

El mismo equipo, dirigido por Víctor M. Fernández y Alfredo González Ruibal, y con la participación de Alfonso Fraguas, Álvaro Falquina, Ignacio de la Torre, Luis Luque, Xurxo M. Ayán, Salomé Zurinaga, Cristina Charro y Geremew Feyissa, venía realizando investigaciones arqueológicas y etno-arqueológicas en el citado estado autónomo etíope desde 2001, financiadas por la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Cultura (Proyectos Arqueológicos en el Exterior) y un proyecto de I+D del antiguo Ministerio de Ciencia y Tecnología. Desde entonces, y a razón de una campaña por año salvo en 2004, se realizó una prospección arqueológica preliminar de la extensa y difícil, por lo boscosa y montañosa, región, que sirvió para definir una secuencia cultural que va desde un probable Paleolítico Inferior (detectado sólo por algunos hallazgos en superficie en la orilla del Nilo Azul) hasta el momento actual. Se realizaron asimismo excavaciones de sondeo en varios abrigos rocosos que permitieron conocer los rasgos culturales de un Paleolítico Medio (Middle Stone Age) tardío, un P. Superior (Later Stone Age) que convive al final con cerámicas neolíticas llegadas desde el vecino Sudán, y una cultura cerámica de tipo neolítico que llega hasta la fase subactual definida por cerámicas idénticas a las de las etnias Berta y Gumuz, las principales que ocupan actualmente la zona. También se estudiaron varios abrigos con pinturas rupestres esquemáticas fechadas hace varios siglos, y que todavía son utilizadas en rituales con una curiosa mezcla de ideologías prehistóricas e islámicas. En cuanto a la etnoarqueología, se han estudiado con cierta profundidad a las poblaciones Berta de Benishangul y a los Gumuz de Metekkel al norte del Nilo Azul, en diversos aspectos de su cultura material: cerámica, viviendas, poblados, simbolismo, historia oral, mezcla cultural y resistencia a la asimilación, etc.

Ante la convocatoria de los primeros proyectos de cooperación de la UCM, pensamos que eran una excelente oportunidad para culminar nuestra investigación científica con la instalación de un museo que guardase para el futuro y expusiese a la población local su patrimonio etnográfico e histórico. Se partió para ello de dos ideas básicas: por un lado, la necesidad de que las poblaciones locales participen de los resultados de la investigación sobre su pasado, y más en ocasiones como éstas en que la realidad poscolonial suele implicar que datos e inter-

pretaciones se presentan con mucha mayor frecuencia en centros europeos y norteamericanos, muy alejados de su lugar de origen. Por otro, la consideración de que los pueblos y naciones africanas sienten una gran necesidad de contar con una identidad e historia, de las que fueron privados por la terrible experiencia colonial, un pasado sobre el que construir un futuro. La historia reciente de Etiopía, con una organización autonómica muy descentralizada y de base étnica, en la que diversos grupos compiten entre sí para acceder al poder y reclaman con creciente frecuencia derechos basados en la historia, así lo atestigua. El trabajo del proyecto fue realizado durante los meses de febrero y marzo de 2006 por Víctor M. Fernández, Salomé Zurinaga y Cristina Charro.

El departamento de cultura del gobierno regional, compuesto por unas cinco personas, había recopilado diverso material etnográfico durante los últimos años, a los que se añade una parte de los materiales arqueológicos procedentes de nuestras prospecciones y excavaciones, aunque en su mayoría éstos debieron ser entregados al Museo Nacional de Addis Abeba en aplicación de la legislación vigente. Aunque existe el proyecto de construir un edificio exento dedicado únicamente a museo, por el momento no se dispone de los fondos necesarios, y ante la necesidad de contar con instalaciones y nuestra oferta de realizar el trabajo, el gobierno nos cedió parte del antiguo edificio de Cultura y Turismo, proyectado para futura biblioteca pero que cuenta con espacio necesario, al menos durante unos años, para albergar ambos fines. En el edificio se dispone de un gran hall, con una dimensión aproximada de 300 m², que da acceso a las diversas oficinas, ahora vacías. Se utilizó una de ellas para almacén cerrado de las piezas del museo (antes se hallaban todas en estanterías del hall) y se acondicionó el hall para exposición. Dos de sus paredes se reservaron para exponer una serie de cuadros, realizados bajo encargo por el pintor local Tesfay Kiros, de temas populares y



Vista parcial de la exposición del museo.



Vitrina dedicada a objetos etnográficos para la comida y la bebida.

ordenados por etnias de la región (Shinasha, Mao-Komo, Bertha, Gumuz) y estilo naïf, mientras otra de ellas (la cuarta no era apropiada por ser de madera y provisional) y la parte central se destinaron a colocar cuatro vitrinas de hierro y cristal, realizadas localmente, donde se exponen materiales etnográficos, arqueológicos e históricos.

Como complemento de la nueva disposición de almacén y exposición, se compró un ordenador de última generación, con una impresora A3 y un escaner A4, además de un programa de base de datos File Maker Pro. Todos los materiales fueron limpiados, restaurados cuando era necesario, y fotografiados (en muchos casos, antes y después de la restauración y limpieza), así como siglados de forma apropiada. Luego se los inventarió con el programa File Maker, que posibilita integrar datos textuales y gráficos dentro de cada registro. Se dejó depositado en el museo un conjunto de materiales de restauración y de oficina que faciliten la continuación de la labor por funcionarios locales.

Sobre el asunto se han presentado dos comunicaciones, una en el reciente III Congreso de Universidad y Cooperación al Desarrollo (UCM, abril 2006) (Fernández y otros 2006) y otra en la conferencia "Archaeology, Ethics, and Globalization" (Universidad de Stanford, febrero 2006) (González y Fernández 2006).

El aspecto más interesante de nuestra labor es el que atañe a sus implicaciones poscoloniales. En el tema se entremezclan multitud de aspectos y se plantean proble-

mas muy serios sobre la intervención exterior en la historia local, los conflictos étnicos del pasado (por ejemplo, la figura histórica principal de la región capturaba esclavos entre la población local y un descendiente suyo es el actual director de la Oficina de Cultura), los conflictos actuales entre etnias locales y entre éstas y los más de cien mil personas procedentes del Altiplano, reasentados recientemente, y que representan a los grupos (Amhara, Oromo) dominantes en el pasado y que atacaron y esclavizaron a los locales, etc. La realidad del trabajo fue, con todo, diferente a lo esperado: los funcionarios locales nos dejaron hacer nuestro trabajo sin la menor intervención (salvo señalarnos el espacio reservado a exposición) y habrá que esperar la evolución posterior del museo en los próximos años para evaluar más profundamente la cuestión. Al contrario de la forma en que estaba organizada la colección etnográfica antes de nuestra llegada, exclusivamente por etnias, y aunque mantuvimos el mismo esquema en las estanterías del nuevo almacén, las vitrinas se organizaron por motivos temáticos: "Comida y bebida", "Arte y ritual", "Agricultura y artesanía" y "Arqueología e historia". En cada una de ellas se exponían materiales de diversas etnias, y en esto no sólo hemos seguido un modelo que considerábamos más apropiado para el material y el espacio disponible (en ningún momento nos propusimos desconstruir el modelo étnico) sino que coincidimos con la reciente reorganización de la exposición pública del principal museo etnográfico del país, el del Instituto de Estudios Etiópes de Addis Abeba, realizada por cierto con asistencia técnica también española (del Museo de Artes y Costumbres Populares de Sevilla). Un último detalle ayuda a entender el ambiente de nuestro trabajo. Cuando, en una reunión con las autoridades regionales de Turismo y Cultura, les advertimos de nuestra intención de introducir en la exposición algunos materiales amhara y oromo, como habitantes con representación significativa en la región aunque no tengan hoy consideración de "originales", la respuesta del técnico de Cultura no dejó de asombrarnos: "eso es una decisión técnica, y como tal os corresponde a vosotros".

Víctor M. Fernández Martínez

Departamento de Prehistoria. UCM

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M.; GONZÁLEZ RUIBAL, A.; ZURINAGA FERNÁNDEZ-TORIBIO, S.; CHARRO LOBATO, C. (2006): Cooperación cultural en la era post-colonial: un museo para Benishangul (Etiopía). *III Congreso Universidad y Cooperación al Desarrollo*, Universidad Complutense de Madrid (26-28 de abril de 2006), vol I: 470-489.

GONZÁLEZ-RUIBAL, A.; FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M. (2006): Exhibiting cultures of contact: a museum for Benishangul-Gumuz (Ethiopia). *Archaeology, Ethics and Globalization*, conferencia celebrada en el Stanford Archaeology Center, Universidad de Stanford, EE.UU. (Febrero 18-19, 2006) y publicado en [traumwerk.stanford.edu/cultures of contact](http://traumwerk.stanford.edu/cultures_of_contact).

Ian J. McNiven y Lynette Russell (2005):
Appropriated pasts. Indigenous peoples and the colonial culture of Archaeology.
Walnut Creek. Altamira Press. ISBN 0-7591-0906-9. 317 págs. 8 ilustr.

El libro está organizado en ocho capítulos, cuyos títulos identifican ya las diferentes teorías que desde el punto de vista teórico apoyaron el colonialismo a través del discurso arqueológico y antropológico. La perspectiva adoptada es sincrónica, de modo que se analizan desde las primeras teorías que configuraron la propia disciplina arqueológica hasta la actualidad.

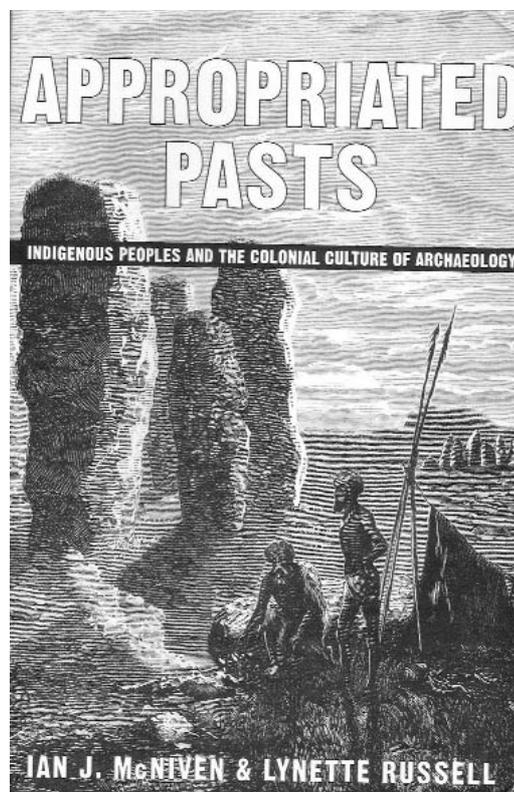
El título, sin embargo, se aleja un poco del verdadero contenido del libro, aunque no por ello deja de ser menos interesante, todo lo contrario. El pasado al que los autores se están refiriendo y los indígenas que han perdido la propiedad sobre ese pasado, son principalmente los aborígenes australianos. Si bien, la línea argumental seguida no pierde de vista los referentes de las denominadas colonias de poblamiento, esto es Estados Unidos y Canadá. Si bien se echan de menos las referencias a la situación en el contexto de América Latina.

En este sentido, a través de los diferentes capítulos los autores no sólo ofrecen una historiografía de las disciplina arqueológica en general. De hecho, en el momento actual ya se ha avanzado bastante en esta línea de investigación prestando atención a los más diversos aspectos, desde la destacada obra de Trigger (1994) hasta otras más recientes y centradas en los aspectos teóricos de la disciplina (Johnson 2000). Se trata también de un profundo y minucioso análisis de la historiografía de la arqueología australiana. Lo que no deja de constituir un atractivo más por tratarse de una tradición arqueológica bastante desconocida, tanto respecto a sus grandes maestros, a sus líneas de investigación como a su "cultura arqueológica" en el sentido que le dan tanto Moser (1995) como Murray (1987) de configuración de una comunidad con características bien definidas y pautas de actuación entre el conjunto de practicantes de la arqueología. Cuestiones éstas de gran importancia para entender las raíces de algunos de los actuales encuentros y desencuentros entre los arqueólogos, la sociedad y las comunidades aborígenes.

En el tratamiento del tema convergen diferentes líneas de investigación, algunas de las cuales ya tienen una cierta tradición. Por un lado el análisis de los discursos textuales en el ámbito arqueológico, incluyendo tanto los discursos científicos como los de los medios de comunicación y otros que han contribuido en la construcción y definición de la disciplina a lo largo de los dos últimos siglos. Dentro de esta línea de investigación se enmarcan las obras de Stowkowski (1994). Por otro lado, entran en conexión con los análisis de los discursos visuales en el ámbito de la arqueología, en el cual destacan los trabajos pioneros de Moser (1998) (ver Mansilla 1999). En el contexto español, estas dos líneas de investigación se han aunado bajo la perspectiva de género en el análisis del

papel de la mujer en los discursos sobre el origen del hombre (Querol 2001; Querol y Triviño 2004). Y por último el análisis de los discursos sobre los aborígenes, ámbito en el que la co-autora Lynette Russell (2001) ha publicado ya otros interesantes trabajos tanto desde una perspectiva antropológica como arqueológica.

En cuanto a la distribución de los capítulos hay un cierto desequilibrio entre los capítulos iniciales más extensos, y los tres últimos más breves. Dedicados los primeros a 1) la cultura colonial de la arqueología, 2) el progresivismo y la invención de la prehistoria, 3) la "anticuación", los aborígenes como fósiles vivientes, 4) el migracionismo, la arqueología de la desposesión y 5) el difusionismo, la arqueología de la alienación. En ellos se analiza cómo una serie de tropos de carácter negativo, con profundas raíces en el pensamiento occidental han contribuido a la disociación entre los aborígenes contemporáneos y sus tierras ancestrales. El eco de esos lugares comunes, tales como la consideración de fósiles vivientes, la existencia de otras razas, verdaderos pobladores originales del continente e introductores y creadores de cultura, se encuentra también en otros contextos coloniales como Estados Unidos o Sur África (Mansilla 1997; Fernández 1998), trascendiendo a su vez el ámbito



científico, permeando los libros de texto, la literatura de divulgación (Mansilla 2001) y los discursos de la cultura popular (Dowson 1996). En ocasiones resurgen con fuerza estas ideas cuando parecían haber sido ya superadas como los propios autores explicitan en el caso de las pinturas Branshaw (capítulo 5). En los tres capítulos finales 6) sujeción, la apropiación a través de la ciencia, 7) Historia compartida, la nueva apropiación y 8) cooperación, caminos hacia una práctica descolonizada, se abordan las prácticas de la arqueología contemporánea.

En este sentido podría tratarse de casi dos libros, pues algunas cuestiones muy interesantes se solucionan rápidamente. En especial las discusiones terminológicas y conceptuales. Como la necesidad de deconstruir el propio término de prehistoria. Pues, entendido como tiempo anterior a la historia resulta ofensivo a las comunidades aborígenes que consideran que ningún pueblo es un pueblo sin historia. Así mismo, tras la reciente introducción de los términos “arqueología comunitaria” (Marshall 2001) e “historia compartida” (Murray 1996) que enfatizan las relaciones entre los arqueólogos, la sociedad y las comunidades locales. Los autores sugieren su sustitución por “investigación compartida”, “Partnership research”.

Conviene destacar que la investigación de los autores no es sólo un trabajo erudito, sino que surge de su larga experiencia en el desarrollo tanto de investigación como consultorías y otro tipo de actividades junto con las comunidades aborígenes. Tiempo durante el cual muchas de las contradicciones y las fricciones a las que hacen referencia a lo largo de sus páginas se hicieron patentes.

Cabe preguntarse qué puede aportar un libro de estas características a la práctica arqueológica en el contexto español, pues bien, hay al menos cuatro aspectos en los cuales este texto puede ser significativo fuera del estric-

to marco de la “cultura arqueológica australiana” teniendo validez también en otros ámbitos.

En primer lugar un referente en el tratamiento crítico de la arqueología contemporánea. En concreto la producción textual de los medios de comunicación, fuente inagotable de conflictos entre la arqueología y la sociedad se convierte en objeto de reflexión. En segundo lugar, ofrece un cuestionamiento sobre el papel de la arqueología en la sociedad, su contribución en la construcción de las identidades contemporáneas. En tercer lugar, se podría considerar un tema “colateral”, pues de hecho los autores no ahondan en él en esta ocasión, aunque han realizado otros trabajos sobre el tema (Russell 2002). Se trata del cómo y por qué las más diversas teorías relacionadas con la arqueología logran calar en el imaginario popular a lo largo del tiempo y en el caso concreto del contexto australiano, las consecuencias que tienen en las comunidades aborígenes. En definitiva la divulgación del patrimonio arqueológico sigue exigiendo una mayor reflexión para llegar al público. En cuarto lugar, en el contexto globalizado actual, en lo que a circulación de personas, participación internacional de investigadores en los más variados contextos geográficos, este texto supone una llamada a la reflexión sobre el uso acrítico de términos y sistemas de clasificación de marcado origen occidental en el que se ha dejado poco espacio para las aportaciones de otras perspectivas.

Ana Maria Mansilla Castaño

anamansillac@oi.com.br

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DOWSON, T. (1996): Re-production and consumption: the use of rock art imagery in South Africa today. *Miscast in history: the making and breaking of the bushmen* (P. Skotness, ed.), UCT Press, Ciudad del Cabo: 315-321.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. (1998): *Arqueología Prehistórica de África*. Síntesis, Madrid.
- JOHNSON, M. (2000): *Teoría arqueológica: una introducción*. Ariel, Barcelona.
- MANSILLA CASTAÑO, A.M. (1997): La negación del pasado de los “otros”: arqueología y xenofobia. *Trabajos de Prehistoria*, 54(1): 21-34.
- MANSILLA CASTAÑO, A.M. (1999): Imágenes de los orígenes de la humanidad: teorías e imaginario social. *Trabajos de Prehistoria*, 56(2): 184-187.
- MANSILLA CASTAÑO, A.M. (2001): Una mirada a otros pasados: las imágenes de la arqueología a través de las páginas de Revista de Arqueología. *Arqueoweb*, 3(3).
- MARSHALL, Y. (2002): What is community archaeology? *World Archaeology*, 34(2): 211-219.
- MOSER, S. (1995): *Archaeology and its disciplinary culture*. Unpublished PhD Thesis. University of Sydney.
- MOSER, S. (1998): *Ancestral images: the iconography of human origins*. Cornell. University Press
- MURRAY, T. (1987): *Remembrance of things present. Appeals to authority in the history and philosophy of archaeology*. Unpublished PhD Thesis. University of Sydney.
- MURRAY, T. (1993): Communication and the importance of disciplinary communities: who owns the past? *Archaeological theory: who sets the agenda?* (N. Yoffee y A. Sherrat, eds.), Cambridge University Press, Cambridge: 105-116.
- MURRAY, T. (1996): Contact archaeology shared histories? Shared identities? En VV.AA: *Sites. Nailing*

- the debate: archaeology and interpretation in museums*. Museum of Sydney. Sydney: 199-213.
- QUEROL, M.A. (2001): *Adán y Darwin*. Síntesis, Madrid.
- QUEROL, M.A.; TRIVIÑO, C. (2004): *La mujer en "el origen del hombre"*. Bellaterra Arqueología, Barcelona.
- RUSSELL, L. (1999): Well nigh impossible to describe: dioramas, displays and representations of Australian aborigines. *Australian Aboriginal Studies*, 2: 35-45.
- RUSSELL, L. (2001): *Savage imaginings: Historical and Contemporary Constructions of Australian Aborigines*. Australian Scholarly Publications, Melbourne.
- RUSSELL, L. (2002): Archaeology and Star Trek: Exploring the past while investigating the future. *Archaeology and Science Fiction* (M. Russell, ed.), Bournemouth University Press, Bournemouth: 20-35.
- TRIGGER, B. (1992): *Historia del pensamiento arqueológico*. Crítica, Barcelona.
- STOKOWSKI, W. (1994): *Anthropologie naive anthropologie savante. De l'origine de l'home, de l'imagination et des idées reçues*. CNRS, Paris.

**J. Fullola i Pericot y J. Nadal Lorenzo (2005):
Introducción a la Prehistoria. La evolución de la cultura humana. Editorial UOC.
Barcelona. ISBN 84-9788-153-2. 214 págs. + 34 figs.**

Uno de los aspectos más reveladores del panorama editorial de los últimos años, ha sido la aparición de manuales y textos divulgativos de prehistoria y arqueología redactados por investigadores españoles que, de alguna forma, han venido a complementar las traducciones de originales extranjeros. Es una prueba de madurez de la propia disciplina y de la confianza de las editoriales en unos profesionales que no necesitan de ninguna colección foránea para promocionar un producto de calidad. Pensados inicialmente para universitarios que inician su formación especializada en las Facultades de Historia y Humanidades, su oferta se ha diversificado cada vez más hacia el lector culto e interesado por los temas de la antigüedad en general, ese lector apasionado que busca un relato asequible de las poblaciones prehistóricas que le precedieron.

Josep M. Fullola i Pericot, Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Barcelona y Director del Seminario de Estudios e Investigaciones Prehistóricas, y Jordi Nadal Lorenzo, Profesor Titular de Prehistoria de la misma universidad, han asumido el difícil reto de presentar, en poco más de doscientas páginas, un cuadro coherente de la Prehistoria y desbrozar, al mismo tiempo, las distintas explicaciones relativas a los procesos culturales que han marcado la evolución humana, desde sus orígenes en África hasta la Edad del Hierro en Europa. Para esta labor hace falta ser un gran conocedor de la Prehistoria, al mismo tiempo que dominar el inmenso caudal bibliográfico que se ha generado en los dos últimos lustros. La verdad es que Fullola y Nadal salen relativamente bien librados de tan difícil reto, lo que no es poco.

Las cuestiones que se abordan en este libro se refieren básicamente a cuatro grupos de problemas: nuestra forma de entender la disciplina, nuestra visión de los orígenes humanos y del comportamiento, las condiciones que llevaron a las comunidades prehistóricas a adoptar unas formas de vida más sedentarias, y el origen de la

civilización y las sociedades complejas. Esto es lo que puede advertirse en la radiografía del texto. El libro está organizado en siete capítulos con distintos epígrafes cada uno que abordan: "Una aproximación epistemológica y metodológica" (cap. 1), "Contextualización geoambiental de la prehistoria. El pleistoceno" (capítulo 2), "Los primeros pasos. Los homínidos y los humanos durante el paleolítico" (cap. 3), "La implantación de una nueva fase climática. El holoceno" (cap. 4), "El neolítico" (cap. 5) y "Del advenimiento de la metalurgia al fin de la prehistoria" (cap. 6). El carácter didáctico del texto queda reforzado por unas sucintas introducciones a cada uno de los capítulos, que recogen las ideas centrales que se van a desarrollar y que sirven también de pequeño recordatorio o prontuario de los procesos hasta entonces descritos.

Es siempre difícil determinar qué es lo que queremos enseñar del pasado. No es éste un manual al uso, tal y como se apresuran a advertir los autores en el prólogo, sino un breve relato que busca situar las actuales perspectivas sobre la prehistoria europea y mundial en el contexto de los enfoques culturales y tecnológicos. Estamos, por lo tanto, ante una introducción básica y ágil -al menos para la extensión del texto- de las líneas maestras de la Prehistoria, primando siempre los procesos a gran escala sobre el detalle localista. En este sentido, las visiones de las distintas áreas geográficas ocupan epígrafes independientes y pueden ser aprovechadas con utilidad como elementos específicos de consulta. No olvidemos que los autores son profesores universitarios y que sus miras son también docentes.

Resulta casi inevitable, tratándose de una introducción a la Prehistoria, hacer una referencia al libro de Arribas (1974), síntesis de doscientas sesenta páginas magníficamente escrita e ilustrada. A pesar del tiempo transcurrido y del lógico progreso del conocimiento arqueológico, sigue siendo una obra muy recomendable pues de-



muestra, entre otras cosas, que se puede presentar un cuadro coherente de la Prehistoria en un libro de pequeño formato. También habría que recordar, limitándome a obras escritas en castellano, el libro de Pericot y Maluquer (1969) que la editorial Salvat publicó en una excelente colección (Biblioteca Salvat) que tuvo, sin embargo, el efímero destino que permite la venta en quioscos. Buenos manuales para la enseñanza de la prehistoria no sobran precisamente. Aún así, iniciativas más recientes como las colecciones de arqueología editadas en Crítica, Ariel, Bellaterra o Akal, muchas de ellas con textos originales de autores españoles, suponen una primera guía en el proceloso mar de la divulgación. En este contexto podríamos situar también el volumen coordinado por Fullola y Petit (1998), centrado en la vida cotidiana del hombre prehistórico en la Península Ibérica, una original aproximación a los principales temas de la prehistoria a partir de investigaciones llevadas a cabo en España y que se lee con gran facilidad.

El libro que nos ocupa tiene una arquitectura sencilla, en el mejor sentido del término. La periodización es la tradicional, en última instancia el célebre sistema de las tres edades de Thomsen, cuya terminología desde Gordon Childe sigue utilizándose didácticamente, aunque llenándose cada vez más de contenidos sociales, económicos y antropológicos. El mismo índice configura un primer mensaje, pues entraña en sí mismo las claves que se desean transmitir. Quizás sea éste un reflejo del carácter fuertemente tradicional de la investigación arqueológica española, pero hay que reconocer que el esquema de Fullola y Nadal sigue siendo muy útil por su claridad y valor pedagógico. A pesar de algunos intentos de periodizaciones alternativas, como el de Dennell (1987), la

verdad es que se sigue empleando la clásica periodización prehistórica por más que se maquille con algunos adjetivos atractivos, como es el caso del libro de Champion *et alii* (1988) o Kristiansen (2001), éste centrado en la Prehistoria Final de Europa. El manual sobre Arqueología del Reino Unido editado por Hunter y Ralston (1999), orientado a estudiantes de las universidades británicas, es una apuesta clara y definitiva por la división clásica. En cualquier caso, en los distintos epígrafes del libro se ha procurado superar la simple descripción y caracterización de la cultura material, para atender más a una integración de esa cultura material en las esferas sociales, económicas y culturales, recogiendo así las tendencias y aproximaciones más actuales de la Prehistoria, especialmente de la anglosajona, que en muchos aspectos es la que está marcando las pautas más interesantes de desarrollo de la disciplina.

Sólo cuando se abordan obras de carácter general podemos percatarnos, también, de las carencias y descompensaciones que presenta la disciplina. Estaba claro desde el comienzo que el libro debería cubrir un espacio cronológico tan amplio como fuese posible. Las evidencias más antiguas para la presencia de los homínidos en África es un punto inicial obvio. La aparición del hombre en África oriental y las primeras industrias líticas en torno a 3 y 2,5 millones de años marcaría el límite inferior. La etapa inmediatamente anterior, con los primeros Australopitécidos y los cambios ambientales y de comportamiento, también es objeto de interés en el libro, como lo es en general de los prehistoriadores del Pliopleistoceno. El límite final resulta sin embargo más problemático, según la aparición de la escritura en las distintas áreas europeas. Tradicionalmente se ha asumido la incorporación al Imperio Romano de buena parte de la Europa Templada y por supuesto la Mediterránea como límite, por más que en algunas áreas como la Escandinava se prolongue en tiempos que ya en la Europa meridional son históricos. Los autores optan por terminar con dos breves, brevísimos epígrafes dedicados a las colonizaciones y los pueblos protohistóricos (págs. 201-207) y se excluyen explícitamente la conquista romana y el fenómeno de las sociedades urbanas en el contexto de los *oppida* en la Europa Templada. La desafortunada distinción entre arqueología prehistórica y arqueología clásica, ha difuminado la naturaleza básicamente similar de los procesos culturales en Europa y el Mediterráneo durante la Segunda Edad del Hierro.

Las dificultades provienen, también, del marco espacial. La restricción de evidencias facilita que en los primeros momentos de la Prehistoria sea relativamente fácil mantener un espacio amplio, y que, según avanzamos en el tiempo y se multiplican los datos y las industrias, es necesario manejar marcos más regionales y por tanto resulta más difícil hacer síntesis generales. A pesar de tratarse de una "Prehistoria general", ésta no se concibe como universal, sino vinculada en gran parte al contexto

europeo. El lector apreciará que la metodología, la epistemología y los grupos cazadores-recolectores sí tienen un carácter más general, y que los ejemplos aducidos proceden de contextos diferentes. En el momento de abordar las secuencias concretas, éstas se van limitando geográfica y temporalmente cada vez más, a medida que la información es más abundante. A partir del Neolítico y la consideración del Próximo Oriente, los temas se centran en el ámbito europeo continental y el mediterráneo, indudablemente el entorno cultural al que pertenecemos. La bibliografía tiene estos presupuestos plenamente asumidos, lo que no deja de traslucir la presencia de una mayor tradición investigadora como realidad innegable.

La consecuencia es que, conforme nos vamos acercando al final, uno tiene la sensación de que el libro no llega a ser una totalidad que supere la suma de sus partes o epígrafes individuales. La razón de esta aparente contradicción -que en nada disminuye el interés del relato- está en el prólogo. Como advierten los autores, ha sido más fácil redactar los primeros capítulos que los últimos, dado que los fenómenos iniciales son de carácter general, y a medida que aparece la regionalización, la compartimentación se hace más compleja. Se ha intentado considerar equilibradamente cada uno de los apartados, pero me temo que el resultado final queda sesgado hacia la Prehistoria "más antigua".

Un manual no sólo ofrece una imagen singular del estado del conocimiento y de la comprensión arqueológica en un momento dado, sino de las inquietudes específicas de sus autores. Dicho en otras palabras, esta *Introducción a la Prehistoria* es un relato con momentos de excelente síntesis argumental y divulgativa (véase, por ejemplo, el desarrollo dedicado a los homínidos y los humanos durante el paleolítico o las causas de la neolitización, allí donde las dificultades del registro son sorteadas convincentemente y la información arqueológica termina por estar bien jerarquizada), pero si lo situamos en un contexto lo más completo posible, encontramos que mucho de lo que se nos presenta en la última parte del libro, sobre todo el capítulo VI, queda muy "apretado" en su descripción y valoración. Es inevitable preguntarse si tiene el mismo sentido dedicar nueve páginas al estudio de los *Australopithecus* y diez al tema del Bronce Final y la Edad del Hierro en Europa. Acaso la sintética precisión del texto les lleva a veces a obviar algunas cuestiones de singular interés. Así ocurre con el epígrafe dedicado al fenómeno del megalitismo, muy descriptivo y con escasa preocupación por el aspecto interpretativo. Otro tanto sucede con las primeras culturas metalúrgicas; creo que el fenómeno de la revolución de los productos secundarios se merece un mayor desarrollo y no me parece razonable la omisión del calcolítico balcánico.

En el análisis del registro arqueológico destaca la forma de rastrear y buscar los rasgos correlativos de las distintas formas de organización social y económica, esto es, la identificación de las principales facies o culturas

arqueológicas. Queda, sin embargo, irresuelto el problema de los tecnicismos. Los autores quieren evitar cualquier detalle superfluo del escenario en el que se mueven las comunidades prehistóricas; y cuantos menos cuadros tipológicos y listados de culturas y subculturas, mejor. El planteamiento no es fácil y no siempre se cumple. Una alternativa serían las ilustraciones, de las que carece casi por completo este austero manual. Los autores reúnen un conjunto icónico bastante clásico. Se podría haber intentado reflejar en varios mapas y más cuadros sinópticos la distribución de todas las culturas y facies reseñadas en los capítulos. Se evitaría así cierto enmarañamiento como el de las páginas 117-120, cuando se habla de las evoluciones regionales del epipaleolítico europeo, o descripciones demasiado someras, como sucede con las sociedades complejas de la Edad del Bronce europea (págs. 191-193). Eso no impediría una lectura fácil del libro y daría a los lectores la oportunidad de juzgar por sí mismos la naturaleza de la información disponible.

Me hubiera gustado un pronunciamiento valorativo de los autores respecto a la bibliografía, lo que la haría mucho más útil, sobre todo para quienes se acerquen al tema sin grandes conocimientos. La bibliografía sobre manuales de Prehistoria es muy extensa. ¿Qué interpretación es más creíble hoy? Detrás de los libros de Cunliffe (1998), Gamble (2002), Kristiansen (2001), Muñoz (2001) o Eiroa (2000), todos ellos recogidos en la obra, laten versiones completamente distintas de entender y explicar la Prehistoria. Hecho en falta el diccionario de arqueología editado por Fagan (1996), el más completo aunque no se haya traducido al castellano. También me gustaría hacer una referencia al librito de bolsillo de Bahn (1998), una de las mejores introducciones a la Arqueología que se puede recomendar a un estudiante, y el libro de Champion *et al.* (1988), que, a pesar de los años transcurridos, sigue siendo una excelente síntesis de la prehistoria europea y un buen complemento del de Cunliffe.

Todo ello no empaña, en absoluto, el valor de una obra rigurosa que tiene, a mi juicio, tres singulares aportaciones: (1) la oportunidad del momento, en relación con la docencia universitaria española de primer ciclo y la necesidad de disponer de un texto-guía actualizado para esta asignatura, (2) la honestidad de presentar un manual divulgativo, pero con argumentos personales que no renuncian, en ningún caso, a la crítica, y (3) la utilidad de constatar la complejidad de la disciplina, pues, al tratarse de una introducción a la prehistoria, permite ver también el peso de las permanencias y poner de manifiesto la falsedad de muchas generalizaciones. En tiempos de banalización ignorante y sobreabundancia editorial, el esfuerzo de Fullola y Nadal merece la pena.

Jesús Álvarez-Sanchís

Departamento de Prehistoria. UCM
jralvare@ghis.ucm.es

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARRIBAS, A. (1974): *Lecciones de Prehistoria*. Editorial Teide, Barcelona (la edición piloto es de 1969).
- BAHN, P. (1998): *Introducción a la Arqueología*. Acento Editorial, Madrid.
- CHAMPION, T.; GAMBLE, C.; SHENNAN, S.; WHITTLE, A. (1988): *Prehistoria de Europa*. Crítica, Barcelona.
- CUNLIFFE, B. (ed.) (1998): *Prehistoria de Europa*. Oxford. Ed. Crítica, Barcelona.
- DENNELL, R. (1987): *Prehistoria económica de Europa*. Ed. Crítica, Barcelona.
- EIROA, J.J. (2000): *Nociones de Prehistoria General*. Ariel, Barcelona.
- FAGAN, B.M. (ed.) (1996): *The Oxford Companion to Archaeology*. Oxford University Press.
- FULLOLA, J.M.; PETIT, M.A. (1998): *La puerta del pasado. La vida cotidiana del hombre prehistórico en la Península Ibérica*. Ed. Martínez Roca, Barcelona.
- GAMBLE, C. (2002): *Arqueología Básica*. Ariel, Barcelona.
- HUNTER, J.; RALSTON, I. (eds.) (1999): *The Archaeology of Britain. An introduction from the Upper Palaeolithic to the Industrial Revolution*. Routledge, Londres–New York.
- KRISTIANSEN, K. (2001): *Europa antes de la Historia*. Ed. Península, Barcelona.
- MUÑOZ, A.Mª. (coord.) (2001): *Prehistoria* (vols. I y II). UNED, Madrid.
- PERICOT, L.; MALUQUER, J. (1969): *La Humanidad Prehistórica*. Biblioteca Básica Salvat, vol. 25, Madrid.

G. Vega Toscano, J. Bernabeu Aubán y T. Chapa Brunet (2003): *La Prehistoria. Historia de España 3^{er} milenio.* Síntesis. Madrid. ISBN 84-9756-115-5. 271 págs.

En los últimos quince años, algunas editoriales españolas (Crítica, Bellaterra, Síntesis, Ariel, etc.) han logrado consolidar series o colecciones consagradas específicamente al ámbito de la prehistoria, la arqueología y la historia antigua. La editorial Síntesis se ha orientado en mayor medida a la publicación de manuales universitarios escritos casi en su totalidad por profesores de estas áreas de conocimiento. En esta línea, ha diversificado su oferta en tres colecciones. La primera, con el título "Historia Universal", cuenta con dos series dedicadas a esta temática ("Prehistoria" e "Historia Antigua"). En la segunda colección, denominada "Arqueología Prehistórica", se han publicado diversos títulos orientados básicamente a la revisión historiográfica y metodológica de la pre y protohistoria peninsular (p.ej. Fernández-Posse 1998). La tercera colección pretende ser una historia de España dividida en varias monografías, estando representadas hasta la fecha las etapas más antiguas por el libro que nos ocupa y por un interesante trabajo de G. Bravo (2001) sobre Hispania y el Imperio¹.

A diferencia de la editorial Ariel, que inicialmente presentó las etapas prerromanas peninsulares dividiendo prehistoria y protohistoria (Barandiarán *et al.* 1998; Almagro-Gorbea *et al.* 2001)², la propuesta de Síntesis ofrece en un único libro la secuencia que transcurre desde el origen del ser humano hasta el final de la Edad del Hierro, centrándose además en los límites administrativos de la España actual. Para ello, se ha recurrido a tres profesores universitarios de solvencia contrastada, que abordan el concepto de prehistoria y el Paleolítico (caps. 1 y 2, por G. Vega), el Neolítico y las primeras subetapas de la Edad del Bronce (cap. 3, por J. Bernabeu) y el Bron-

ce Final y la Edad del Hierro (cap. 4, por T. Chapa). El libro se abre con una muy escueta presentación e incluye, antes de la bibliografía, un "Debate historiográfico" con tres textos que comentan las discusiones actuales sobre la desaparición de los Neandertales (Vega), el origen del arte y la resurrección de los celtas (Chapa).

Tal como se explica en la presentación, la obra "*pretende exponer de un modo ágil las líneas maestras de la Prehistoria ibérica, pero primando siempre los procesos a gran escala sobre el detalle localista, el contexto del cambio cultural sobre la enumeración exhaustiva de yacimientos, la dinámica evolutiva sobre la descripción arqueográfica*" (p. 9). Sin embargo, recurrir a un formato quizá excesivamente sintético afecta no sólo al desarrollo de la argumentación, sino también a la posibilidad de incluir o mejorar algunas herramientas muy útiles para el lector (glosario, índices, un número mayor de tablas e ilustraciones o una bibliografía más pormenorizada). Más abajo comentaré algunos ejemplos específicos en esta dirección.

En el primer capítulo, G. Vega expone su visión del concepto de prehistoria y sus criterios de demarcación como disciplina. Este autor considera la prehistoria -y más específicamente el origen del ser humano- una de las actuales fronteras del conocimiento científico, junto al estudio del cosmos y la bioquímica, al tiempo que subraya su especificidad frente a otras áreas de conocimiento como la historia, las ciencias naturales o la arqueología.

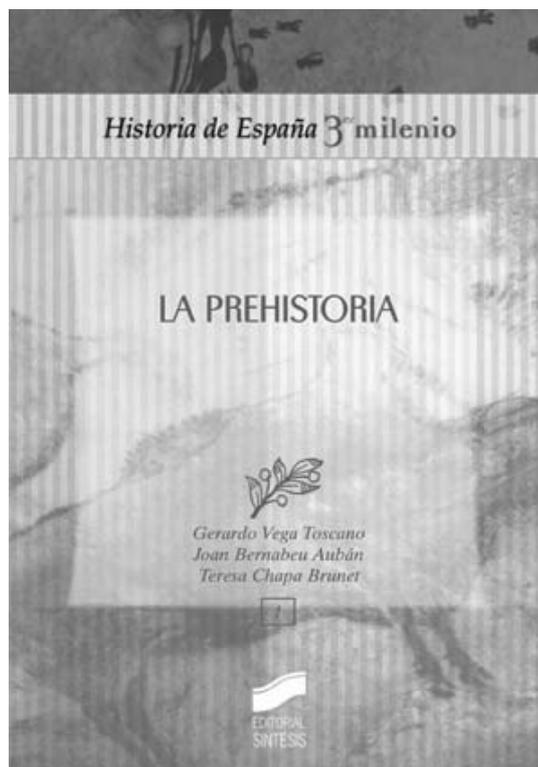
Como estamos en un terreno resbaladizo y que admite múltiples matices, me gustaría que lo expuesto a continuación se entienda más como un desacuerdo que como una crítica. Pues, sin pretensión de entrar en un deba-

te que podría alargar en exceso estas páginas, creo que la visión que se ofrece resulta algo forzada. Por ejemplo, al hablar de la prehistoria como “*uno de los grandes retos a los que se enfrenta hoy la ciencia como empresa colectiva*” (p. 11), ya que, a mi modo de ver, los parámetros para determinar la magnitud de dichos retos son múltiples y sobre todo subjetivos; entraría dentro de lo esperable que cada cual demande una posición preferencial para su propia disciplina. Y entiendo que esto mismo es aplicable cuando el autor, paleolista, define el Paleolítico como “*la fase más crucial de nuestra historia*” (p. 27).

Quizá sea excesivamente optimista defender que en el conocimiento de la prehistoria “*las novedades se producen con un ritmo anormalmente acelerado*” y que “*los textos o manuales envejecen rápido*” (p. 12). Que suceda así en ocasiones no quiere decir que ello sea la norma general, al menos en el caso peninsular. Sin embargo, Vega entiende que el carácter dinámico de la prehistoria, en cuanto disciplina “*fronteriza*”, implica que las síntesis deben ofrecer siempre “*los puntos conflictivos en los que se concentran los mayores debates y que delatan, en definitiva, los principales problemas sobre los que se centra la investigación*” (p. 12). Desde mi punto de vista, esto mismo es aplicable igualmente a la arqueología clásica o a la historia moderna y, en consecuencia, me parece un criterio discutible a la hora de establecer la especificidad de la prehistoria.

La visión expuesta sostiene también que prehistoria e historia “*deben considerarse materias radicalmente distintas*” (p. 13) y que la prehistoria reciente ha sufrido una verdadera disolución de su identidad, “*al ser un campo de investigación en el que los arqueólogos tradicionales son hegemónicos*” (p. 18). Existen, en su opinión, rasgos que separan netamente prehistoria y arqueología a nivel conceptual, que constituyen la clave para superar la denunciada crisis de identidad y que proceden “*de la diferente naturaleza de los objetos de estudio de cada una de ellas*” (p. 19). Este debate tiene, desde luego, una cierta tradición en nuestro país (Esparza 1996, con la bibliografía anterior) y, personalmente, me encuentro más próximo a las posiciones que han desarrollado autores como Estévez *et al.* (1984) o Lull (1993). Debo confesar también que estas cuestiones me parecen bastante secundarias, pero en cualquier caso preferiría afrontarlas tendiendo puentes con otras disciplinas y cuestionando los fundamentos de la mía propia, en lugar de partir de presupuestos taxativos y rígidos como los que, en mi opinión, se defienden en las primeras páginas de este libro.

Este primer capítulo se completa con dos breves apartados, uno sobre el factor tiempo (se tratan la importancia de las dataciones radiométricas y las divisiones de la prehistoria) (pp. 20-22) y el otro sobre el desarrollo de la prehistoria española (pp. 22-25). Este último apartado de corte historiográfico resulta a mi modo de ver insuficiente y creo que pudo haberse aprovechado la ocasión para



ofrecer una visión diacrónica con más contenido, teniendo en cuenta las relevantes novedades que está aportando a la investigación historiográfica en los últimos años.

Los capítulos segundo a cuarto explican, como ya he comentado, la secuencia de la prehistoria española desde el origen del ser humano hasta el final de la Edad del Hierro. En general, la obra resulta amena y de lectura cómoda, aunque algunos conceptos tal vez requirirían alguna aclaración para el lector no especializado. Desde mi punto de vista, hay dos aspectos destacables en estos tres capítulos.

En primer lugar, la estructura expositiva no es uniforme, es decir, se ha rechazado un patrón o formato encorsetado que obligase a los autores a tratar los mismos temas y bajo unos epígrafes uniformes o reiterados. De este modo, las síntesis presentadas para cada período reflejan las preferencias temáticas y la personalidad de cada autor. Así, el extenso capítulo sobre el Paleolítico (pp. 27-111) ofrece una detallada explicación sobre el proceso de hominización a nivel mundial, que permite encuadrar adecuadamente la problemática peninsular. El capítulo de Bernabeu, “*Del Neolítico a la Edad del Bronce*”, creo que está muy bien logrado al organizar el discurso en torno a bloques temáticos generales (algunos problemas previos, geografía cultural: espacio y tiempo, sistemas de subsistencia, hábitat y territorio, simbolismo y mundo funerario, intercambio y redes sociales, algunas interpretaciones). Por su parte, Chapa opta por un formato más clásico, articulando la exposición a partir de un criterio cronogeográfico.

El segundo aspecto a destacar es el esfuerzo en exponer visiones muy actualizadas, que tienen en cuenta los hallazgos más recientes y los debates del presente. Entre los aspectos y hallazgos considerados cabría citar, por ejemplo, los descubrimientos del equipo de Atapuerca y el debate generado en torno a ellos (pp. 29, 55ss, 64ss, 259), el origen del pensamiento simbólico y la desaparición de los Neandertales (pp. 82ss, 249ss), las excavaciones efectuadas en el yacimiento alicantino de Mas d'Is (pp. 135ss), el depósito de Puertollano (p. 194) o el hallazgo de los barcos de Mazarrón (pp. 210s).

El desarrollo de las desigualdades y la complejidad social es un problema que preocupa a Bernabeu y a Chapa. El primero, a mi entender muy acertadamente, subraya la capacidad inherente a los sistemas campesinos para el desarrollo de desigualdades sociales, por lo que éstos mostrarían pronto las tendencias a la jerarquización que en la Península han sido tradicionalmente atribuidas a la Primera Edad de los Metales. La mayor movilización de trabajo, a lo largo del ciclo neolítico, se dirige al ámbito de lo ideológico, por lo que debe considerarse la posibilidad de que ello derivase en la emergencia o consolidación de las desigualdades desde fases antiguas. Bernabeu concluye también que las formas germánicas *“parecen conformar el paradigma hacia el cual se dirige la investigación reciente para interpretar el cambio o transformación entre el Calcolítico al Bronce, desde posiciones teóricas diversas”* (p. 174), aunque sostiene que el propio concepto de sociedades germánicas necesita una reflexión teórica que clarifique su relación original con formas estatales de las que constituiría su periferia. Por su parte, Chapa presta especial atención a los procesos socioeconómicos que tienen lugar en el Bronce Final, en relación con la intensificación de la producción y el desarrollo de las relaciones de intercambio/comercio, principales factores que intervienen en el incremento de la complejidad social, favorecido de manera decisiva a partir de la presencia fenicia.

Expuestos algunos de los argumentos más relevantes, dirigiré mi principal crítica al asimétrico tratamiento que reciben las distintas áreas geográficas, especialmente en los capítulos tercero y cuarto. Como gallego, no puedo dejar de denunciar el muy inferior tratamiento que, casi sistemáticamente, recibe la arqueología del Noroeste en las síntesis a nivel peninsular (véase Almagro-Gorbea *et al.* 2001; Bendala 2000; quizá mejor compensada Barandiarán *et al.* 1998). Este libro se inscribe en la misma línea. No cabe duda de que en ello tiene mucho que ver la especialización de los autores en la arqueología de la mitad sur peninsular, pero me temo que también pueda existir un cierto poso anticuarista que distingue entre unos vestigios y procesos sociales de primera categoría (Tartessos, colonización fenicia, santuarios orientalizantes, escultura ibérica, etc.) y otros de segunda (arqueología del Norte peninsular, castros, etc.).

Por ejemplo, el capítulo 4 trata con cierto detalle el

Bronce Final de la fachada atlántica (pp. 193-202), pero las páginas siguientes se dedican principalmente a la presencia fenicia, a los procesos sociales originados por la misma y a la cultura ibérica. Los apartados sobre la presencia fenicia y la respuesta indígena al impacto colonial ocupan 25 páginas, mientras que a los castros del Noroeste se dedican menos de tres páginas (pp. 240-42) en el apartado *“El final de la Edad del Hierro”*, obviando por lo tanto todo su desarrollo anterior. Las ilustraciones pecan del mismo sesgo, tanto en el capítulo tercero como en el cuarto. Este último incluye 19 figuras, en las cuales la arqueología del Noroeste está totalmente ausente³: ni un castro gallego, asturiano o cántabro, ni una escultura o una cerámica castreña..., aunque por supuesto no faltan una estela extremeña, un plano de Doña Blanca y su entorno arqueológico, un mapa con las principales fundaciones fenicias del Sur peninsular, los materiales del santuario tartésico de Saltillo, el quemaperfumes de La Quéjola, la infografía de Cancho Roano o la reconstrucción del santuario de El Pajarillo.

La visión que se ofrece en los textos también llega a pecar de algo simplista, contrastando con la pormenorizada y documentada exposición que se hace de otros marcos cronogeográficos. Así, los usos funerarios de finales del tercer milenio en el Noroeste reflejan un panorama más rico del que se deja entrever en la pág. 147, como bien muestran estudios de los últimos diez años (Bettencourt 1997; Fábregas y Vilaseco 1998). Por otro lado, es llamativo que en el breve apartado sobre los castros del Noroeste se afirme que *“la independencia de cada grupo familiar queda limitada, como señala Fernández-Posse, por el recinto del castro, lo único que une a un colectivo internamente poco cohesionado debido al carácter autónomo de cada familia”* (p. 241) sin, al menos, prevenir al lector de que las formaciones sociales castreñas constituyen uno de los debates más candentes de la investigación actual (Fernández-Posse 1998; Brañas 2005; González-Ruibal 2006, con la bibliografía de los últimos años).

En un plano general, otro aspecto -ya menor- al que conviene aludir es que no se explicita adecuadamente la periodización y los conceptos cronológicos asumidos. Esto afecta especialmente a la Edad del Bronce y en concreto a conceptos como Bronce Pleno (p. 197) y, sobre todo, Bronce Tardío, empleado tanto por Bernabeu como por Chapa (pp. 141, 188, 191, 197), pero que continúa suscitando debates y dista de estar aceptado de manera unánime (sobre estos problemas terminológicos ver, por ejemplo, Ruiz-Gálvez 1984 y 1998: 15-21; Mederos 1997).

En último lugar, creo que es conveniente hacer algunas consideraciones sobre la bibliografía, ya que, evidentemente, este apartado puede ejercer una necesaria función pedagógica en manuales universitarios y obras de síntesis como la que nos ocupa. Recurrir a una bibliografía escueta, como es el caso (pp. 263-71), implica de-

jar fuera a algunos autores cuyas opiniones aparecen citadas a lo largo del libro⁴. Por otro lado, hay que señalar que algunas citas son incorrectas (por ejemplo, el título de Criado 1993) y, sobre todo, que no se cita de manera homogénea: en algunas referencias (entiéndase libros) no se da el lugar de edición; en otras sí se incluye, junto a la editorial e incluso el número de páginas que contiene el libro, etc. Incluso se coloca a la Fundación El Monte en la relación de autores, entre Escacena y López Castro. Hay que referirse también a los problemas que implica dividir en tres bloques la bibliografía del capítulo 4, mezclando etapas cronológicas con conceptos de corte cultural o procesos históricos (Bronce Final, Tartessos y colonización fenicia, Edad del Hierro); hubiera sido preferible presentar junta toda la bibliografía del capítulo y así, por ejemplo, se evitaría tener que incluir a Fernández-Posse 1998 en Bronce Final cuando es una publicación igualmente útil para la Edad del Hierro. En fin, dado el elevado número de ocasiones en que se alude al concepto de sociedades germánicas o formaciones germánicas, no estaría de más que se citasen algunas de

las referencias que inspiran las aportaciones españolas en esta dirección (por ejemplo, Gilman 1995).

Quiero terminar resaltando el meritorio esfuerzo invertido por los autores en ofrecer una síntesis de la prehistoria española, un tipo de publicación que no abunda (otras ya citadas, como Barandiarán *et al.* 1998; Almagro-Gorbea *et al.* 2001; o Bendala 2000 abarcan arcos temporales más reducidos). Sin duda, son diversas las razones para recomendar la lectura de este libro, aunque, como en cualquier otro que aborde esta temática, podemos encontrar en él factores de crítica y discrepancia. Creo que la utilidad de una reseña reside en subrayarlos, pues, en este caso, la conocida trayectoria de los autores garantiza de antemano otros muchos puntos de acuerdo, aprendizaje y lectura enriquecedora.

Xosé-Lois Armada Pita

Department of Archaeology, Durham University
loisarmada@yahoo.es

NOTAS

1. Puede ampliarse la información sobre estas colecciones, títulos publicados, autores, etc. en la web de la editorial [URL: <http://www.sintesis.com>].
2. Recientemente, los dos libros de la editorial Ariel han sido reeditados también en un único volumen.
3. La única excepción es un mapa de la Península con la distribución de las etnias prerromanas (fig. 4.14).
4. Es el caso de, entre otros, Montero (p. 166), Lull (pp. 165s, donde aparece citado varias veces como Lull), Contreras (p. 166), Ramos (p. 167), Arteaga (p. 167), Ruiz Zapatero (p. 176), Pons (p. 176), Barceló (p. 193), Martins (p. 201) o Maluquer (p. 209).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALMAGRO-GORBEA, M.; ARTEAGA, O.; BLECH, M.; RUIZ MATA, D.; SCHUBART, H. (2001): *Protohistoria de la Península Ibérica*. Ariel, Barcelona.
- BARANDIARÁN, I.; MARTÍ, B.; RINCÓN, M.A. DEL; MAYA, J.L. (1998): *Prehistoria de la Península Ibérica*. Ariel, Barcelona.
- BENDALA, M. (2000): *Tartessos, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua*. Temas de Hoy, Madrid.
- BETTENCOURT, A.M.S. (1997): Expressões funerárias da Idade do Bronze no Noroeste peninsular. 'O problema é sempre o de dar o trabalho por terminado, com o pensamento de nunca acabar coisa alguma...' (T. Bernhard 1993: 52). En R. de Balbín y P. Bueno (eds.): *II Congreso de Arqueología Peninsular* (T. II). Fundación Rei Afonso Henriques, Zamora: 621-32.
- BRAÑAS, R. (2005): Arqueología versus Sentido Común. *Complutum*, 16: 156-169.
- BRAVO, G. (2001): *Hispania y el Imperio*. Historia de España 3^{er} milenio 3. Síntesis, Madrid.
- ESPARZA, A. (1996): Pie a tierra: por la distinción entre la prehistoria y la arqueología. En M.A. Querol y T. Chapa (eds.): *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda. Complutum Extra*, 6 (2): 13-34.
- ESTÉVEZ, J.; GASULL, P.; LULL, V.; SANAHUJA, M.E.; VILA, A. (1984): Arqueología como Arqueología. Propuesta para una terminología operativa. *Primeras jornadas de metodología de investigación prehistórica. Soria 1981*, Ministerio de Cultura, Madrid: 21-28.
- FÁBREGAS, R.; VILASECO, X.I. (1998): Prácticas funerarias no Bronce do Noroeste. En R. Fábregas (ed.): *A Idade do Bronce en Galicia: novas perspectivas*, O Castro, Sada: 191-219.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Síntesis, Madrid.
- GILMAN, A. (1995): Prehistoric European Chiefdoms.

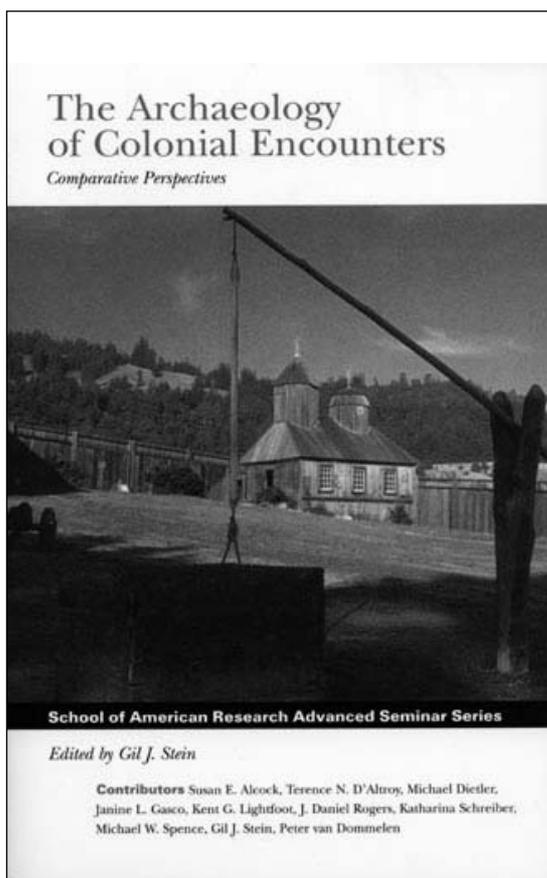
- Rethinking 'Germanic' Societies. En T.D. Price y G. M. Feinman (eds.): *Foundations of Social Inequality*. Plenum Press, New York: 235-251.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (2006): House societies vs. kinship-based societies: An archaeological case from Iron Age Europe. *Journal of Anthropological Archaeology*, 25: 144-173.
- LULL, V. (1993): Contribución al debate "L'arqueologia com a àrea de coneixement universitària". *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 3: 339-344.
- MEDEROS, A. (1997): Nueva cronología del Bronce Final en el occidente de Europa. *Complutum*, 8: 73-96.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. (1984): Reflexiones terminológicas en torno a la Edad del Bronce peninsular. *Trabajos de Prehistoria*, 41: 323-342.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. (1998): *La Europa atlántica en la Edad del Bronce*. Crítica, Barcelona.

G.J. Stein (ed.) (2005): *The Archaeology of Colonial Encounters. Comparative Perspectives*. Santa Fe & Oxford, School of American Research Press & James Curry Ltd (eds) ISBN 1-930618-43.3 (Library of the Congress Cataloging data) y 0-85255-980-1 (British Library Cataloging-in-Publication data). XII+445 págs.+35 figs. y 3 tablas.

El Postmodernismo y con él la crítica Postprocesual, se han llevado por delante muchos conceptos e ideas largamente aceptadas, entre ellas aquella decimonónica de la *aculturación* o conversión a una cultura más desarrollada gracias a los beneficios de la colonización, por parte de un grupo indígena subdesarrollado; o la del papel siempre pasivo del indígena frente al colonizador (De Angelis 1998). Ya otros trabajos como el tantas veces citado de Curtin 1984, el coloquio editado por Descoudres en 1990, el homenaje al Pr. Boardman (Teskheldze & de Angelis eds 1994), o los editados por Gosden 1997 han abordado la Arqueología de la colonización, y en años recientes Tesis Doctorales como las de Ana Delgado 2002 o la de Vives-Ferrándiz 2005 han enfocado el tema desde tal punto de vista. Ya antes, a fins de los 70 se pusieron de moda los modelos Centro/Periferia para entender el fenómeno de la relación colonos/indígenas, en algunos casos en su variante de resistencia contra el dominio de la potencia colonizadora (Schneider 1977; Ekholm & Friedman 1979; Kohl 1979; Rowlands/Kristiansen/Larssen 1987; Champion 1989; Ransborg 1991; Renfrew 1994), en otros, resaltando los aspectos de la interacción y de la *atracción* de la periferia por la *seducción* del Centro (Frankenstein & Rowlands 1978; Sherratt 1993 a y b; Shortman & Urban 1992; Wells 1992; Brun 1993; Kristiansen 1993a y b; Speth 2004). El libro que ahora comento se mueve en esos parámetros, pero pretende ser una crítica sobre el uso y abuso de los Modelos Mundiales de Wallerstein aplicados al registro arqueológico. Editado por Gil J. Stein, recoge la versión revisada de las reflexiones y aportaciones de una variada serie de investigadores sobre el tema del *colonialismo*: el origen y contexto histórico de los colonizadores, las características de las sociedades receptoras, así como las profun-

das transformaciones que unos y otras sufrieron fruto de dicho encuentro, en el marco de un seminario organizado por la *Escuela Americana de Investigaciones Avanzadas* en Santa Fe (sitio de encuentro de civilizaciones en sí mismo), en el año 2000.

Aunque luego pasaré a comentar más detalladamente los diversos trabajos, quiero empezar ofreciendo la impresión general que la lectura del libro me ha producido: y no es otra que la de que el propio libro reproduce los mismos errores que critica. Así, todos los autores son *colonizadores* de la arqueología del país extranjero en el que trabajan: no hay un sólo *indígena* de los diversos países extranjeros en los que los autores realizan su investigación (Italia, Méjico, Irak, Turquía, Perú o Grecia), que pueda ofrecer su *propia visión*. Salvo honrosas excepciones (Van Dommelen, Spence, Schreiber y d'Altroy), los autores no parecen manejar la lengua del país en el que trabajan, pues los autores *indígenas* aparecen infrecuentemente citados en su lengua original (cuando se les cita). Por cercanía a quien firma esta reseña menciono el caso del trabajo de Janine Gasco (por otra parte interesante), que comienza por describirnos cuál era la situación y mentalidad medieval de los futuros conquistadores de América (o sea, los españoles), haciendo una reconstrucción de la España del s. XV. a partir de la lectura de autores anglosajones, con la sola excepción de Jaime Vicens Vives, único historiador español que maneja, y en inglés. He de decir que más adelante, analizando el caso de Soconusco en época colonial sí menciona a autores españoles o mejicanos, pero siempre en traducción inglesa. A lo mejor si hubiera leído a Jose Antonio Maravall (1982), sabría que lo que ella plantea no es tan excepcional, y que no siempre las relaciones entre colonizadores y colonizados fueron de opresión, sino que,



como el caso de los franciscanos que Maravall relata, algunos se plantearon problemas morales sobre la legitimidad de la colonización de otros seres humanos y sobre lo lícito de interferir en su cultura y forma de vida. Pero, como la lengua no es inocente y estructura formas de pensar y entender el mundo, me parece significativo resaltar que sea el inglés, con la excepción de Peter Van Dommelen que es holandés aunque trabaja como docente en una Universidad Británica, la lengua y la visión que domine, y que no se haya invitado a especialistas de los países cuyos casos se estudian y que hablan otras lenguas y tal vez tienen otras visiones, a dar su opinión. Para ser una feroz crítica de los modelos Centro/Periferia que, en palabras de Dietler (pág.59) *"the unintended consequence of the very process of applying a center/periphery model to recent history is that it serves to reproduce and perpetuate a hegemonic project in which Europe was able to define itself as a center, as the cultural and economic engine of world history. The subsequent uncritical projection of this concept into the distant past serves to further naturalize this image by validating the etiological and teleological mythology of European Ancestry..."* yo tengo la impresión de que, inconscientemente, el libro camina por idénticas *rutae imperiales*.

El libro se abre y se cierra con sendos capítulos teóricos (Dietler, y Rogers), entre los que se intercala el estudio de varios casos (Gasco, van Dommelen, Alcock, Stein, Schreiber, Spence, Lightfoot o D' Altroy). He de confesar que el capítulo teórico de Dietler, a quien tanto admiro, me ha defraudado; Está lleno de lugares comunes y nos descubre una serie de conceptos sobre colonización bastante manidos ya, aunque claro, puede que en lengua inglesa sean novedosos (Véase pág 62 abajo y pág. 63 arriba, pág 64 arriba, pág. 65 abajo o página 66 entera). No puedo por razón de espacio detenerme en su crítica y en mis desacuerdos. Baste decir que, con bastante superficialidad, extrapola el modelo *ilustrado* franco-alemán al resto de Europa Occidental y generaliza unas explicaciones para la atracción por el mundo grecolatino que, a mi juicio tienen un origen muy anterior y diferente en los países mediterráneos. Mezcla conceptos evolucionistas de mediados del XIX. e inicios del s XX. con el helenismo (pág 46) y equipara las aportaciones a las raíces del Mundo Occidental de Celtas, Iberos, Germanos o Fenicios, con las de Grecia o Roma (págs 46-47). - Pues mire Dr. Dietler... °no, no son equiparables...! °Enséñeme la huella que la Filosofía, el Derecho, el Teatro, la Lengua, la Literatura, la Política etc de fenicios, celtas, germanos o iberos han dejado en nuestras raíces y dígame (si las encuentra) que su peso es equiparable a ese monumento de la legislación que es el Derecho Romano, a esa institución política fundamental que es La Democracia o a unas figuras, Platón y Aristóteles cuyos sistemas filosóficos han sido modelo de la filosofía europea...°"- . Como también me cuesta entender el aparente regocijo con que el autor comenta *"It is true that "classics" departments now occupy more the intellectual periphery than the center of European and American universities: but they still outnumber those dedicated to the study of any other ancient culture; and indeed, no university feels complete without one - (!menos mal...°!) - (contrast this situation with, for example, departments of Celtic studies)"* (pág.46) Todo ello además, para a la hora de presentarnos el caso de estudio, repetir las mismas ideas sobre la relación Massalia, SE de Francia y Hallstatt en la Primera Edad del Hierro (pág. 59), que ya le conocemos hace tiempo (Dietler 1990 o 1995, por ejemplo).

Ni siquiera Van Dommelen, otro de los autores por los que siento admiración, se libra de la crítica. Su explicación de la expansión fenicia (págs. 120-121), me parece muy tradicional (Véase Aubet 2005), y ello me choca, habida cuenta que, como buen holandés, es políglota y maneja con soltura la bibliografía de los especialistas en colonización fenicio-púnico de los países del Mediterráneo. Tampoco me convence su explicación de que los fenicios se establecieran en lugares donde no circulaba previamente material fenicio², por lo que no parece haber una estrategia colonial previa al asentamiento (pág. 120). Entonces..., me pregunto, ¿llegaron de chiripa...? El autor no nos lo aclara.

En definitiva y salvo excepciones (G. Stein págs 143-170 con un excelente estudio sobre los *karum* mesopotámicos, o Schreiber págs 237-262, con una interesante crítica a los modelos mundiales, y algunos aspecto del trabajo de Rogers págs 331-354), he de decir que el volumen me ha parecido flojo y lejos de las expectativas que un marco de discusión como *La Escuela Americana de Estudios Avanzados* y unos autores tan relevantes como los reunidos en el volumen habían despertado en la lectora que esto firma. Por decirlo en pocas palabras, pa-

rece que esta vez los investigadores reunidos por la Escuela Americana de Estudios Avanzados no nos han *descubierto América*.

Marisa Ruiz-Gálvez Priego

Departamento de Prehistoria. UCM
mluisa@ghis.ucm.es

NOTAS

1. La expresión de alivio es de la autora de la reseña
2. Fenicio puede que no, pero sí mediterráneo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AUBET SEMMLER, M^ªE. (2005): El “Orientalizante”: un fenómeno de contacto entre sociedades desiguales. *El periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental* (S. Celestino y J. Jiménez Ávila, eds.), Madrid, Anejos de AespA XXXV: 117-28.
- BRUN, P. (1993): East-West relations in the Paris Basin during the Late Bronze Age. *Trade and exchange in prehistoric Europe* (Ch. Scarre & F. Healy, eds), Oxford, Oxbow: 171-82.
- CURTIN, PH. (1984): *Cross cultural trade in World History*. Cambridge University Press, Cambridge.
- CHAMPION, T. (ed.) (1989): *Centre and Periphery: Comparative studies in Archaeology*. Academic press, London.
- DELGADO HERVÁS, A. (2002): *De guerrero a comerciantes: poder e intercambio en las comunidades del Bronce Final de Andalucía Occidental*. Tesis Doctoral Inédita (Barcelona, Universidad Pompeu i Fabra).
- DESCOUDRES, PH. (ed.) (1990): *Greek colonists and native populations*. Clarendon Press, Oxford.
- DE ANGELIS, F. (1998): Ancient past, imperial present: the British Empire in T.J. Dunbabin’s *The Western Greeks*. *Antiquity*, 72: 539-49.
- ELKOHM, K.; FREIDMAN, J. (1979): “Capital” Imperialism and exploitation in Ancient World Systems. *Power and propaganda: a symposium on Ancient Empires* (M. Larssen, ed.), Copenhagen Akademisk Forlag: 61-76.
- FRANKESTEIN, S.; ROWLANDS, M. (1978): The internal structure and regional context of Early Iron Age Society in South-West Germany. *Bulletin of the Institute of Archaeology, University of London*, 15: 73-112.
- GOSDEN, CH. (ed.) (1997): *Culture contact and colonialism*. *World Archaeology* 28.
- KOHL, P. (1979): The “World Economy” in West Asia in the Third Millennium B.C. *South Asian Archaeology* (M. Taddei, ed.), Napoli: 327-51.
- KRISTIANSEN, K. (1993a): The emergence of the European World System in the Bronze Age: divergence, convergence and social evolution during the First and Second Millennia BC in Europe. *Europe in the first Millennium BC*. (J. Jensen & K. Kristiansen, eds), Sheffield, Sheffield Univ. Press: 7-34.
- KRISTIANSEN, K. (1993b): From Vilanova to Seddin. The reconstruction of an elite exchange network during the eight century. *Trade and exchange in prehistoric Europe* (Ch. Scarre & F. Healy, eds.), Oxford, Oxbow: 143-52.
- MARAVALL, J.A. (1982): *Utopía y Reformismo en la España de los Austrias*. S. XXI, Madrid.
- RANSBORG, K. (1991): *The first Millennium A.D. in Europe and the Mediterranean. An archaeological essay*. Cambridge Univ. Press, Cambridge.
- RENFREW, C. (1994): The genesis of metal using economies and the identity of Bronze Age Europe. *Journal of European Archaeology*, 2(2): 153-74.
- ROWLANDS, M.; KRISTIANSEN, K.; LARSEN, M.T. (eds.) (1987): *Center and Periphery in the Ancient World*. Cambridge University Press, Cambridge.
- SCHORTMAN, E.; URBAN, F. (eds.) (1992): *Resources, power and interregional interaction*. Plenum Press, New York
- SHERRATT, A. (1993a): What Would a Bronze-Age World System Look Like? Relations Between Temperate Europe and the Mediterranean in Later Prehistory. *Journal of European Archaeology*, 1:2: 1-57.
- SHERRATT, A. (1993b): Who are you calling a peripheral? Dependence and independence in European Prehistory? *Trade and exchange in prehistoric Europe*

- (Ch. Scarre & F. Healy, eds.), Oxford, Oxbow: 245-53.
- SPETH, J.D. (ed.) (2004): *Life on the periphery: economic change in late prehistoric Southeastern New Mexico*. Ann Arbor, Museum of Anthropology, University of Michigan, Michigan.
- TESKHELADZE G.; DE ANGELIS, F. (eds.) (1994): *The Archaeology of Greek colonization*. Blackwell, Oxford.
- VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, J. (2005): *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la península Ibérica (s. VIII-VI a.C.)*. Cuadernos de Arqueología del Mediterráneo 12, Barcelona.
- WELLS, P. (1992): Tradition, identity and change beyond the roman frontier. *Resources, power and interregional interaction* (E. Schortman & F. Urban, eds.), New York, Plenum Press: 275-93.

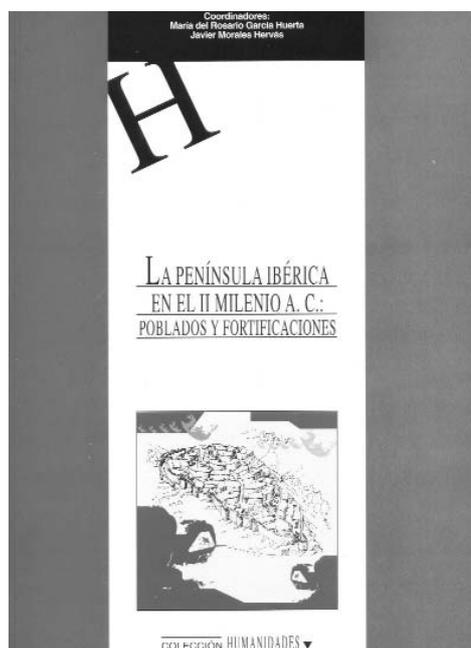
**R. García Huertas y J. Morales Hervás (Editores) (2004):
La Península Ibérica en el II Milenio a.C. Poblados y Fortificaciones.
Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca. ISBN: 84-8427-301-6.**

La publicación de esta obra colectiva editada por R. García Huertas y J. Morales Hervás resulta de lo más oportuna. Dado el ritmo creciente de aparición de publicaciones sobre Prehistoria Reciente Ibérica en los últimos años, trabajos como este, de síntesis temática a escala peninsular, ayudan enormemente a seguir el ritmo y progreso de la investigación. De hecho, este libro se inscribe dentro de una saludable tendencia que se ha venido consolidando durante la última década dentro de los estudios de la Edad del Bronce a favor de la aparición de obras que plantean, bien perspectivas globales a escala peninsular (por ejemplo Ruiz-Gálvez Priego 2000; Blanco González y otros 2005), bien el análisis de ciertos temas monográficos, caso por ejemplo de la cronología absoluta (Castro Martínez y otros 1996), la metalurgia (Delibes de Castro y Montero Ruiz 1999), los asentamientos fortificados (Oliveira Jorge 2003), o la desigualdad social (Díaz del Río y García Sanjuán 2006), o bien síntesis a nivel regional, como es el caso de los trabajos editados por Fábregas Valcarce (1998) para Galicia y por Hernández Alcaraz y Hernández Pérez (2004) para el Levante, o de las monografías escritas por P. Díaz del Río (2001) para Madrid o J.J. Eiroa García (2004) para Murcia, por solo citar algunos. Este tipo de trabajos contribuyen a que se mantenga un equilibrio entre las perspectivas y enfoques particulares (por ejemplo estudios de asentamientos concretos) y la definición de pautas, hipótesis y teorías en relación con problemas más generales.

Por el ámbito geográfico de referencia de las distintas aportaciones que lo conforman, el volumen reunido por García Huertas y Morales Hervás aparece ligeramente *inclinado* hacia la mitad Suroccidental de la Península Ibérica, con dos artículos que tratan del Sureste, cinco artículos relativos a la Meseta, otros dos relativos al Levante, y dos inscritos en las provincias de Cádiz y Caceres, respectivamente. Para ofrecer una imagen completamente representativa del tema abordado (pautas de asentamiento) a escala peninsular hubiera sido recomendable

que se incluyeran estudios de síntesis del Suroeste, la fachada atlántica, el Noroeste, el Norte y el Noreste. No por ello, sin embargo, el libro tiene menos interés: más bien quiero señalar que, visto el proceso de incremento del registro empírico de alta calidad disponible, empieza a ser urgente plantearse la publicación de síntesis globales de este y otros temas relativos a la vida de las sociedades de la Edad del Bronce a nivel de la totalidad de la geografía peninsular. En efecto, de entrada este volumen ofrece la oportunidad de constatar que, en relación con las formas y patrones de asentamiento de la Edad del Bronce en la Península Ibérica se han realizado en los últimos años avances muy sustanciales gracias a la excavación y estudio multidisciplinar de una importante serie de asentamientos, así como por la realización de prospecciones y estudios territoriales.

A partir de ahí es posible constatar la amplia variabilidad de situaciones que dichos patrones de asentamiento muestran a lo largo y ancho de la geografía peninsular, lo cual, en mi opinión, constituye es uno de las contribuciones más interesantes de este volumen. Ello se manifiesta, por ejemplo, en el fuerte contraste que emerge entre las formas de asentamiento de las comunidades argáricas del Sureste y las de la región madrileña, analizadas respectivamente (y de forma, por cierto, igualmente brillante), por F. Molina González y J.A. Cámara Serrano en el primer caso y por M.C. Blasco Bosqued en el segundo. La descripción y análisis de casos intermedios, como el de los patrones de asentamiento manchegos y levantinos, donde co-existen en el tiempo y el espacio comunidades que habitan asentamientos de muy variable grado de complejidad en su organización y estructura, no hace sino reforzar la impresión de diversidad cultural y humana en la Edad del Bronce ibérica. Dada la limitación de espacio que toda reseña impone, me centraré en comentar dos problemas que surgen a partir de la constatación de este fenómeno de diversidad cultural: uno es el del variable grado de jerarquización social y económi-



ca que se manifiestan entre estas comunidades; el otro es el de las formas de interacción que las formaciones sociales de distintas regiones peninsulares pudieron establecer entre sí, y sus consecuencias.

En relación con el primer de estos temas, la contraposición de las descripciones de poblados argáricos intensamente excavados y bien estudiados en años recientes, como Fuente Álamo, Peñalosa o Castellón Alto, con potentes estructuras murarias de aterrazamiento y fortificación, edificios monumentales en piedra, cisternas de gran tamaño y un registro funerario asociado que evidencia numerosos indicios de una organización social estratificada, con las descripciones de los poblados “de hoyos” del entorno madrileño, consistentes en agrupaciones de cabañas de las que apenas quedan fondos, suelos y agujeros de postes, sin constancia de delimitaciones reseñables del espacio de hábitat y con un registro funerario bastante sencillo, tanto en el plano arquitectónico como en el artefactual, que no trasluce desigualdades sociales institucionalizadas, basta para constatar la multiplicidad y variedad de situaciones que la complejidad social manifiesta en la Península Ibérica durante la Edad del Bronce (y, por extensión, la Edad del Cobre).

Por esta razón, la primera lectura que puede hacerse de este volumen es la necesidad de ser prudentes a la hora de extrapolar y generalizar explicaciones de la desigualdad social que pueden ser aplicables para determinadas coyunturas, presididas por unas condiciones y unos procesos, pero que pueden no ser significativas en otros casos, donde las condiciones y los procesos sean distintos. A este respecto, dentro de la arqueología española en algunas ocasiones se plantean algo abusivamente como “modelos” lo que de hecho son explicaciones o

hipótesis que tan solo explican trayectorias de la complejidad social dentro de coordenadas espacio-temporales específicas, con lo cual no solo se adultera y desvirtúa la noción epistemológica misma de “modelo” (un término que la literatura arqueológica ha incorporado desde las matemáticas y la física y que tiene un significado bastante preciso en tanto que formulación matemática que, combinando una serie de variables, permite predecir el comportamiento de un fenómeno), sino que, además, por una parte se fuerzan lecturas e interpretaciones excesivas de los datos, y por otra se minusvalora la evidencia de que, en ocasiones, la estabilidad y la continuidad predominan sobre las dinámicas de cambio (es decir, sobre el incremento de la complejidad) dentro de los sistemas sociales. Con esto no pretendo en absoluto hacer un llamamiento a favor de un particularismo epistemológico, ni una negación de la conveniencia de estudiar las tendencias generales del desarrollo de la complejidad social humana (y por tanto proceder a su formulación teórica), sino tan solo insistir en la necesidad de evitar excesivas simplificaciones que, partiendo de la conversión de explicaciones ad-hoc en “modelos”, continúen luego con la transformación de los “modelos” en narrativas auto-referenciales.

Un ejemplo de lectura forzada de los datos encuentro en la discusión que M. Lazarich, M.J. Richarte e I. Ladrón de Guevara realizan al final de su, por lo demás excelente, estudio del asentamiento gaditano de El Jadramil en relación con la complejidad social en el contexto del valle del Guadalquivir durante el III milenio ANE (finales de la Edad del Cobre y comienzos de la Edad del Bronce). Básicamente las autoras insertan el registro arqueológico de El Jadramil en el marco del surgimiento de lo que O. Arteaga Matute ha denominado en distintos trabajos “sociedad clasista inicial” en la que “...un determinado grupo asume el control tanto de la distribución de excedentes como de la fuerza de trabajo [produciéndose] la contradicción de la sociedad clasista inicial de manera que los productores pasan a ser tributarios, al mismo tiempo que tienen un acceso cada vez más restringido de la riqueza social (Arteaga Matute 2000: 129).” Concretamente cómo las estructuras subterráneas del poblado de El Jadramil, que las autoras clasifican en términos de su morfología (sección y tamaño), y no por su funcionalidad (según admiten, ni siquiera están seguras de que se trate de estructuras habitacionales - página 105), demuestran un proceso tan fuerte de acaparamiento de recursos por parte de una élite dentro de un sistema “tributario”, no queda explicado a lo largo del razonamiento arqueográfico que precede a la afirmación citada, por lo cual existe una excesiva desconexión entre la interpretación (i.e. inserción en el “modelo”) y la realidad empírica verificada. Lo mismo sucede en el planteamiento del problema a escala territorial: a pesar de que reconocen la carencia de “...información con respecto a la distribución interna de los poblados...” (pági-

na 107) de la Edad del Cobre y de la Edad del Bronce y "...de estudios macroespaciales en Andalucía occidental" (página 109), las autoras consideran El Jadramil integrado en un sistema territorial que "...tiene como centros nucleares fundamentales los poblados de El Gandul y de Valencina de la Concepción..." una hipótesis que se basa en "...la complejidad poblacional que muestran estos dos centros..." (página 109). Dada la imposibilidad de entrar a fondo en esta reseña en una valoración de la aplicabilidad de la noción de "centro" en relación con estos asentamientos prehistóricos, o de su "complejidad poblacional" (sobre todo de Valencina de la Concepción), me limitaré a observar que para el poblado de El Gandul la única información disponible de su ocupación prehistórica se reduce a un sondeo estratigráfico (de 2 x 2 metros) realizado por la Universidad de Sevilla en 1986 (Pellicer Catalán y Hurtado Pérez 1987) en el que se detectaron estratos del III y II milenio a.n.e., por lo que no existe ninguna información acerca de su organización interna. Si, en todo caso, lo que las autoras sugieren es que esa supuesta "complejidad poblacional" de El Gandul se demuestra por la existencia de una importante necrópolis megalítica en sus inmediaciones, estableciendo con ello una asociación entre "presencia de monumentos megalíticos" y "sociedad clasista inicial", cabría recordar que por distintas regiones de la fachada atlántica europea existen, desde el V milenio cal a.n.e., construcciones megalíticas de extraordinaria monumentalidad que se asocian a lugares de habitación muy simples que no muestran evidencia alguna de "complejidad poblacional" (al menos si por complejidad poblacional se entiende el tipo de arquitectura defensiva, organización interna, y zonificación social que, por poner el caso, se constata en los poblados argáricos) y que muy difícilmente pueden ser interpretados como parte de sistemas sociales estatales.

El segundo tema que, en mi opinión, destaca de este volumen (y, por cierto, de una forma bastante *transversal* a todos los artículos que lo componen), es el de las formas de interacción entre las formaciones sociales que ocupan la Península Ibérica durante la Edad del Bronce. La cuestión está latente en numerosos trabajos, sobre todo en aquellos que abordan formas de asentamiento que manifiestan elementos culturales *afines* a los argáricos. Por tomar un ejemplo, J.L. Sánchez Meseguer y C. Galán Saulnier plantean en su síntesis del asentamiento de La Encantada que "... es ciertamente el mundo argárico el ámbito cultural con el que, según todos los indicios el yacimiento manchego tiene una relación más estrecha..." (página 148). La constatación de la presencia de atri-

butos tecnológicos (viviendas de planta cuadrangular) o prácticas funerarias (enterramientos en *pitthoi*) comunes a los argáricos, invita a plantear formulaciones del efecto que el posible surgimiento prístino en el Sureste a finales del III milenio cal a.n.e. de una sociedad clasista, encabezada por una élite de sociología fuertemente militarista, pudo tener en las sociedades de su entorno. Algunas preguntas bastante relevantes surgen a este respecto: ¿Cuáles son las pautas de interacción económica entre la sociedad argárica y las sociedades que ocupan su periferia? ¿Obedecen los relativamente repentinos procesos de surgimiento de asentamientos extremadamente fortificados en La Mancha o el Levante a la acción depredadora de unas comunidades argáricas que hacen del saqueo y el robo una forma más de producción económica? De haber sido así ¿qué efectos a nivel sociológico pudo tener sobre las sociedades asentadas en las regiones del Suroeste, la Meseta Sur y el Levante la presión ejercida por élite guerrera argárica? Si en una primera etapa los estudios de la Edad del Bronce peninsular partieron de la existencia de poco menos que un imperio argárico, y luego, con posterioridad, y principalmente a propuesta de M. Tarradell, se consolidó la idea de los "círculos culturales", en ambos casos a partir de un referente teórico (implícito) difusionista, resulta destacable que en la actualidad no se haya re-planteado todavía la cuestión mediante formulaciones inscritas en el que de hecho es el marco epistemológico que de forma más robusta ha venido a ocupar el hueco dejado por el difusionismo en su caída: la teoría centro-periferia.

Por supuesto, más allá de los dos aspectos concretos que me he limitado a destacar, este volumen sugerirá a sus lectores/as muchos temas más de reflexión, en función de los particulares intereses científicos e intelectuales de cada persona. En conjunto, se trata de un libro que ofrece una excelente oportunidad de repasar los múltiples avances, problemas y limitaciones que se reúnen actualmente en torno a un tema tan crucial para entender arqueológicamente a las sociedades como es el de las pautas de asentamiento. Por ello debemos felicitar tanto a sus editores científicos como a sus autores.

Leonardo García Sanjuán

Dpto. de Prehistoria y Arqueología. Univ. de Sevilla.
lgarcia@us.es

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARTEAGA MATUTE, O. (2000): El proceso histórico en el territorio argárico de Fuente Álamo. La ruptura del paradigma del Sureste desde la perspectiva atlántica-mediterránea del extremo occidente. *Fuente Álamo. Las Excavaciones Arqueológicas de 1977-1991 en el Poblado de la Edad del Bronce* (H. Schubart, V. Pingel y O. Arteaga Matute, eds.), Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla: 117-144.
- BLANCO GONZÁLEZ, A.; CANELO MIELGO, C.; ESPARZA, A. (eds.) (2005): *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de Jóvenes Investigadores*. Universidad de Salamanca, Salamanca.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.; LULL, V.; MICÓ PÉREZ, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*. British Archaeological Reports, International Series 652.
- DÍAZ DEL RÍO, P. (2001): *La Formación del Paisaje Agrario. Madrid en el III y II Milenios BC*. Comunidad de Madrid, Madrid.
- DÍAZ DEL RÍO, P.; GARCÍA SANJUÁN, L. (2006-e.p.): *Social Inequality in Iberian Late Prehistory*. British Archaeological Reports, Archaeopress, Oxford.
- DELIBES DE CASTRO, G.; MONTERO RUIZ, I. (eds.) (1999): *Las Primeras Etapas Metalúrgicas en la Península Ibérica*. Tomo II. *Estudios Regionales*. Instituto Universitario Ortega y Gasset, Madrid.
- EIROA GARCÍA, J.J. (2004): *La Edad del Bronce en Murcia*. Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. (ed.) (1998): *A Idade do Bronce en Galicia. Novas Perspectivas*. Cadernos do Seminario de Sargadelos 77, Edicios do Castro, A Coruña.
- HERNÁNDEZ ALCARAZ, L.; HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. (eds.) (2004): *La Edad del Bronce en Tierras Valencianas y Zonas Limítrofes*. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante.
- OLIVEIRA JORGE, S. (ed.) (2003): *Recintos Murados da Pré-Historia Recente*. Centro de Estudos Arqueológicos das Universidades de Coimbra e Porto, Oporto.
- PELLICER CATALÁN, M.; HURTADO PÉREZ, V. (1987): Excavaciones en La Mesa del Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla). *Anuario Arqueológico de Andalucía/1986*. Tomo II. *Actividades Sistemáticas*, Sevilla, Junta de Andalucía: 338-341.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.L. (ed.) (2002): *Edad del Bronce ¿Primera Edad de Oro de España?* Crítica, Barcelona.

J.R. Mélida y Alinari (2004 [1929]): *Arqueología española*. (Edición de M. Díaz-Andreu) Uργοiti Editores, SL., Pamplona. ISBN 84-9333398-5-7. CXCIX y 319 págs. + 210 figs. y XXXII láms.

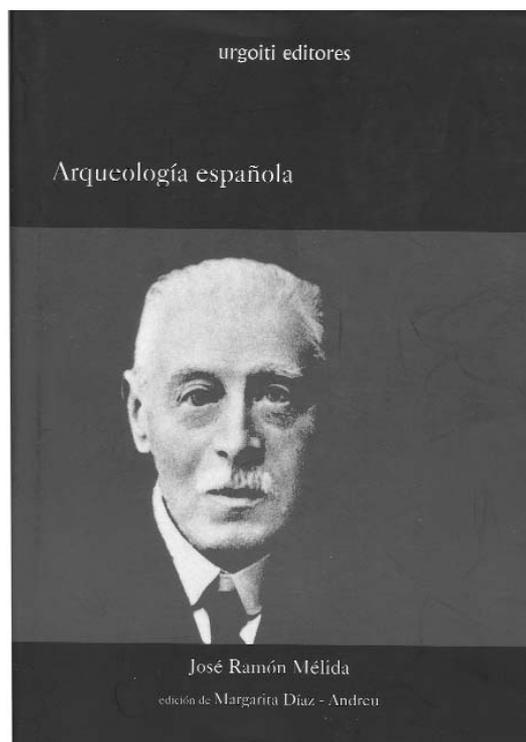
La recuperación de la memoria histórica, tan de moda en otros ámbitos en la actualidad, debería empezar por recuperar la palabra, el pensamiento de quienes nos han precedido en el largo camino de la construcción disciplinar de la Historia y la Arqueología. Y la mejor forma, sin duda alguna, es recuperar los textos clásicos de los mejores autores para releerlos, reflexionar y ampliar nuestra mirada sobre su significación en nuestra disciplina. Eso es lo que está haciendo la editorial navarra Uργοiti, a través de su magnífica colección *Historiadores* dirigida con gran acierto por el Prof. Ignacio Peiró de la Universidad de Zaragoza, mediante la reedición de libros que han sido referencias sólidas en la historiografía española. Entre los títulos relacionados con la Prehistoria hay que destacar la *Etnología de la Península Ibérica* (1932) de P. Bosch Gimpera (edición de J. Cortadella), la *Historia de Numancia* (1945) de A. Schülten (edición de F. Wulff) y esta *Arqueología Española* de J.R. Mélida que vio la luz hace poco más de 75 años. Todos ellos son títulos importantes de textos que tuvieron un gran eco en la investigación y la docencia de la época y, por tanto, en esa medida son muy representativos de la arqueología de aquellos momentos. Las obras de Uργοiti están producidas con mucho cariño de editor, con encuadernaciones

exquisitas y unas portadas atractivas. Han recuperado y mejorado en ocasiones las fotografías de las ediciones originales, e incluyen extensos estudios sobre las obras y el autor -casi auténticas monografías- a cargo de reputados especialistas. La empresa editorial es de una gran envergadura y los resultados espléndidos. Representa un valor inestimable para la historiografía de la Historia y la Arqueología españolas.

La *Arqueología española* (1929) de Jose Ramón Mélida (1856-1933) es sin duda un libro clave de nuestra historiografía arqueológica pero me adelanto a precisar que, en mi opinión, lo es porque fue el primer manual general de arqueología del s. XX (especialmente de arqueología clásica) que se extendía desde la más remota Prehistoria hasta el mundo tardorromano. Pero su impacto fue limitado porque era un fruto tardío de la tradición histórico-artística y no de la arqueología moderna que se estaba configurando en Europa en la tercera década del siglo pasado. Creo que el manual de Mélida es, en cierto modo, el vagón final de un tren que pertenece más al anticuarismo erudito que a la arqueología moderna, y como bien ha señalado Cortadella (2003: XII) la obra, pese a su esfuerzo sistemático no deja de ser un catálogo de antigüedades. En ese sentido no sorprende tanto que

la obra no influyera apenas en las síntesis que vinieron detrás y que renovaron la Prehistoria y la Arqueología Clásica españolas, como fueron la *Etnología de la Península Ibérica* (1932) de Bosch Gimpera, los primeros estudios de Almagro Basch o los múltiples trabajos de García Bellido para la época romana. Extremo que bien ha analizado y ponderado Díaz-Andreu (pp. CXLVIII-CLI). Así la distancia que existe entre la *Arqueología española* y la *Etnología* de Bosch Gimpera se me antoja mucho más grande que la que podrían indicar los tres años que separan ambas obras. Sólo median tres años pero Mérida pertenecía a una generación que en términos modernos no llegó a hacer arqueología prehistórica y Bosch Gimpera se había formado en Alemania con los mejores especialistas y tenía ya cubierta la primera etapa de una trayectoria que le llevaría a ser uno de los más prestigiosos prehistoriadores de Europa. Mérida, como señalaba más arriba, representaba el final de una tradición arqueológica y Bosch el inicio de una nueva. Como bien se puede comprobar comparando quienes fueron los maestros de uno y otro (Almagro Gorbea 2006). Con todo, es cierto que el libro constituye un exponente claro de lo que fue la tradición arqueológica española en el primer tercio del s. XX. Pero su impacto, como he señalado, fue limitado. Otro indicador muy significativo: las referencias a Mérida en la gran síntesis de Bosch Gimpera (1932) son ciertamente escasas para quien había sido catedrático en la Universidad de Madrid (1911-1926) y director del Museo Arqueológico Nacional (1916-1930). Y sobre todo, es muy revelador comprobar que todas ellas son meras citas de piezas o materiales arqueológicos concretos, ^oni una sólo se refiere a ideas, hipótesis o interpretaciones de Mérida!

La arqueología de Mérida es, básicamente, una arqueología de objetos casi sin referencias a contextos. Es, de alguna forma, una arqueología de “lo recogido” en colecciones museísticas y de “lo visible”, como pinturas parietales, megalitos y castros. Es casi una arqueología sin excavación, sin contextos, sin “geografías” y sin cartografías (es revelador que no haya un solo mapa en la *Arqueología española*). Pero si es significativo destacar que los llamados “iconos de España” por García de Cortazar (2002) tienen sus representantes de la “España Antigua” -las hachas de Torralba y San Isidro, los bisontes de Altamira, las pinturas de Cogull y Alpera, la “cueva” de Menga, los vasos campaniformes de Ciempozuelos, las taulas y navetas menorquinas, la Dama de Elche-, que encuentran un lugar de honor en el libro de Mérida. Estos iconos persistirán en las síntesis posteriores y aún pasaran a los textos escolares que, copiándose unos a otros, ayudarán a fijar esas imágenes de una manera indeleble, deviniendo en auténticos “hitos de nuestra primera historia, que para muchos han quedado sin más, jalonando los principales conocimientos que han conservado de la misma” (Gómez Tabanera 1967: XI). Por lo demás, las ilustraciones de la obra son aplastantemente



fotografías, en su inmensa mayoría de piezas arqueológicas, con unas pocas imágenes de yacimientos y estructuras -especialmente en época romana- y apenas ocho dibujos a línea, dos plantas de castros del NO. y algunas tumbas prehistóricas. Es, claramente, un discurso gráfico antiarquarista.

El enfoque obsesivamente positivista y descriptivista se traduce en la provisión de medidas en centímetros de piezas, tumbas o estructuras; con algún lapsus como la referencia (p. 49) a una pared del poblado de El Argar de 35 m. de altura (¿!). Pocas reflexiones se salen de ese planteamiento, por ejemplo, el reclamo de un orgullo nacional para destacar la importancia de la España de la Edad del Bronce como centro innovador: las invenciones de la tumba de cúpula, del vaso campaniforme y de la alabarda (p. 45).

El amplio estudio introductorio de Díaz-Andreu, casi 150 páginas, es un documentado ensayo que analiza minuciosamente a Mérida y su obra y supone una interesantísima aportación a la historia de la arqueología española de finales del s. XIX y comienzos del XX. La autora realiza una biografía intelectual de José Ramón Mérida (1856-1933) que arranca de su entorno familiar, se extiende en dos largos apartados sobre el contexto institucional del arqueólogo, reflexiona sobre la teoría y la práctica en su pensamiento y obra y termina con una evaluación del impacto del manual en la enseñanza e investigación posteriores. Además recoge al final, en casi 30 páginas, la lista de publicaciones de Mérida, tarea difícil, que la propia autora califica de incompleta. Del es-

tudio se puede deducir, al menos en mi opinión, que la mayor trascendencia de Mérida debe situarse en el impulso que dio al Museo Arqueológico Nacional durante sus años de director (1916-1930) y en la publicación de los primeros catálogos modernos de sus numerosos fondos. Vale la pena retener que en este mismo año de la publicación de Urgoiti se ha leído una interesante tesis doctoral sobre Mérida y la arqueología de su época (Casado Rigalt 2006) que, sin duda, complementa extraordinariamente nuestro conocimiento del arqueólogo y su tiempo.

Hay, sin embargo, dos cuestiones en el ensayo de Díaz-Andreu que sí quiero comentar. La primera se refiere al empleo de una abundantísima documentación que incluye numerosas comunicaciones personales. En su primer apartado señala como novedad el amplio uso que ha hecho del correo electrónico y de Internet para su investigación (p. XVIII), algo lógico y razonable en nuestros tiempos. Pero lo que no resulta aceptable son dos extremos: por un lado, el abuso de informantes de los que no queda explícita su relación con el tema y las bases de su información y además un empleo distorsionado de la información, p.e. en la p. XLV afirma: “según pude comprobar...”, seguido de la nota de una comunicación personal ¿Qué alcance tiene ese “comprobar”? En realidad ha solicitado una información y utiliza la respuesta recibida ¿No sería más exacto decir “según me informaron”? No es lo mismo. Y desde luego lo que resulta, en mi opinión, totalmente inaceptable es incluir notas (p.e. la 104 en p. LIX) para dejar constancia de que alguien -una persona o institución- no contesto a su misiva. Me parece una especie de censura pública de algo que no es del todo exigible, porque ¿Cuál es el límite de lo que se puede preguntar? Se pueden formular preguntas que exigen la realización de un trabajo de búsqueda y elaboración que nadie está obligado a responder, al menos, no por recibir un simple correo electrónico.

La segunda cuestión se refiere a la crítica feminista y denuncia que realiza Díaz-Andreu sobre el machismo imperante en la época. Aún a riesgo de ser políticamente incorrecto quiero aclarar que la denuncia de comportamientos machistas en la sociedad española de finales del s. XIX y comienzos del XX no puede hacerse sólo desde el presente; es obvio que la sociedad de aquella época era fuertemente machista - probablemente el calificativo debería ser más grueso - y por tanto las reflexiones deben realizarse desde el contexto de la época. En ese sentido me parece forzado el comentario de la p. CXLV, basándose en el supuesto machismo de Mérida por emplear “los indígenas”, interpretando que se refiere sólo a los hombres y no al grupo incluyendo mujeres y hombres. Pero lo que parece casi obsesivo es que, sin ninguna evidencia, se aproveche una situación para dejar -una vez más- el mensaje de la perversidad masculina. Por ejemplo, al comentar un programa que Mérida presentó a una cátedra de la Escuela Central de Artes y Oficios (p. XLIII), en su mayor parte escrito por un escri-

biente desconocido se aprovecha en la nota 69 para decir simplemente que “sería interesante” comprobar si fue su mujer, “como era costumbre de muchas parejas de la época en la que ella trabajaba para él, esfuerzo nunca reconocido por ellos”. Algo forzado sí que resulta.

Volviendo al contenido del ensayo me gustaría retener un aspecto que apenas ha sido tratado por Díaz-Andreu -no se puede analizar todo- y es la posible comparación del texto de Mérida con otros manuales europeos contemporáneos. Aunque es verdad que nos faltan estudios que diseccionen el género del manual universitario y más todavía en nuestra disciplina; algo que futuros trabajos de historiografía arqueológica se deberían plantear. En todo caso, de las grandes síntesis de Prehistoria y Arqueología Clásica Mérida sólo cita la magna obra de Dechelette (1908-1914) pero no es menos cierto que existía un pequeño elenco de textos básicos o síntesis en otros idiomas que podría haber leído y manejado, aunque no parece que pudiera haberlo hecho en inglés. Se me ocurren títulos como: *The Dawn of History* (1911) de Myres, *Alturopa in seiner Kultur und Stilentwicklung* (1919) de Schuchhardt o *The Dawn of European Civilization* (1925) de Childe. Para un estudio comparativo es interesante destacar que sólo en 1929, el mismo año del manual de Mérida, vieron la luz varios textos relevantes que servirían a ese propósito: *Kunsts und Kultur der Vorzeit Europa. Das Paläolithikum* de Kuhn, *Le origini della civiltà italica* de Rellini y *The Danube in Prehistory* de Childe. Los *grandes* tienen que ser comparados con sus *grandes*. Sería interesante un estudio de esas características, aún cuando Mérida y la tradición arqueológica española no quedarán en muy buen lugar. Pero conviene mucho conocer nuestras raíces y este libro y el ensayo de Díaz-Andreu ayudan a ello.

La colección de Urgoiti permite recuperar las voces originales de los *grandes* y las acertadas reflexiones de nuestros contemporáneos, en un momento en que la historia de la Arqueología empieza a ser, entre nosotros, un tema importante. Además de las muchas razones existentes para defender esa importancia otra posible es que la historia de la Arqueología puede ayudar al bosquejo de las líneas futuras de la disciplina y al conocimiento de como sus practicantes operaran en temas como el reclutamiento de especialistas, la distribución de los fondos de investigación y las agendas temáticas de reuniones y congresos. Eso al menos es lo que creen algunos especialistas tras un excelente estudio sobre la historia de la arqueología estadounidense de los últimos cuarenta años (O'Brien, Lyman y Schiffer 2005: 268).

Gonzalo Ruiz Zapatero

Dpto. de Prehistoria. Universidad Complutense
gonzalar@ghis.ucm.es

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALMAGRO GORBEA, M. (2006): Presentación. *José Ramón Mélida (1875-1936) y la Arqueología Española* (D. Casado Rigalt), Real Academia de la Historia, Serie Antiquaria Hispanica, Madrid: 1-3.
- CASADO RIGALT, D. (2006): *José Ramón Mélida (1875-1936) y la Arqueología Española*. Real Academia de la Historia, Serie Antiquaria Hispanica, Madrid.
- CORTADELLA, J. (2003): Historia de un libro que se sostenía por sí mismo, en P. Bosch Gimpera (edición de J. Cortadella) *Etología de la Península Ibérica* (1932), Pamplona, Urogoiti Editores: VII-CCXLIV.
- GARCÍA DE CORTAZAR, F. (2002): *Historia de España, de Atapuerca al euro*. Planeta, Barcelona.
- GÓMEZ-TABANERA, J.M. (ed.) (1967): *Las raíces de España*. Instituto Español de Antropología Aplicada, Madrid.
- O'BRIEN, M.J.; LYMAN, R.L.; SCHIFFER, M.B. (2005): *Archaeology as a Process. Processualism and Its Progeny*. The University of Utah Press, Salt Lake City.

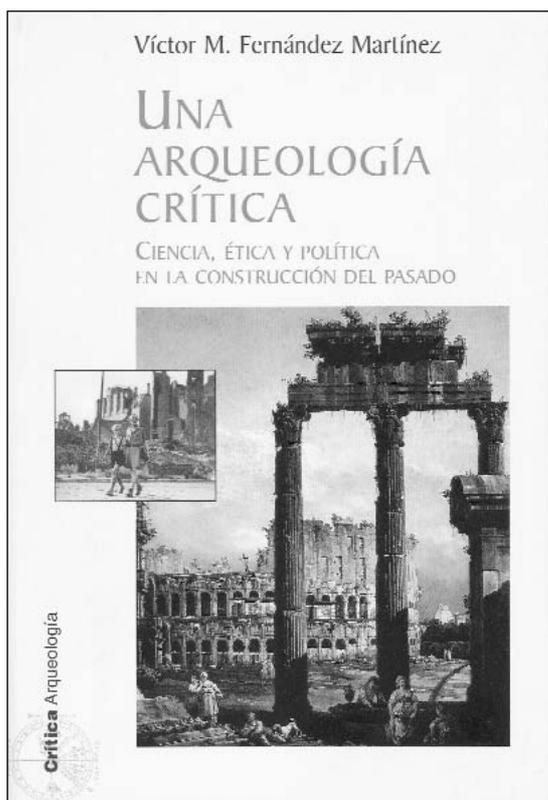
V.M. Fernández (2006): *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*. Crítica, Madrid. ISBN: 84-8432-711-6. 270 págs. + 36 figs.

Durante los últimos años, el departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid se ha convertido en uno de los foros de discusión más activos de nuestro país en lo que a cuestiones de teoría y método se refiere. Después de los excelentes trabajos de Almodena Hernando (2002) y María Ángeles Querol (Querol & Triviño 2004) sobre cuestiones de identidad y género, nos llega ahora el último libro del profesor Víctor M. Fernández titulado *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*. El texto propone un repaso de las principales corrientes de la llamada "arqueología postmoderna" (reunidas aquí bajo el significativo título de "arqueología crítica") así como una reflexión sobre el significado de los cambios fundamentales acontecidos en nuestra disciplina durante los últimos años. Dada la gran cantidad de cuestiones que el libro aborda (el conflicto entre verdad y valor, la relación entre ciencia y política, la definición de la arqueología crítica, el vínculo entre ciencias sociales y arqueología, etc.) me centraré aquí en el análisis de las tres grandes propuestas que, en mi opinión, constituyen el corazón del texto: el tránsito desde la "arqueología postmoderna" a una "arqueología crítica", una reflexión original a propósito de lo sucedido en el campo de la arqueología durante los últimos veinticinco años y, por último, una proposición sobre el sentido de la relación entre ciencia y política.

En primer lugar, este libro está llamado a convertirse en un texto de referencia sobre teoría de la arqueología. Como es conocido, los trabajos publicados en España a propósito de estas cuestiones son escasos. Exceptuando algunas traducciones de Binford y Hodder (convertidos en los respectivos paladines de la arqueología procesual y postmoderna) y algunas aportaciones individuales interesantes (Bate, Gándara, Vicent, Criado o el propio Fernández), las publicaciones sobre epistemología y teoría

de la arqueología en lengua castellana son escasas. Por esta razón, los amantes de la teoría arqueológica estamos de enhorabuena: *Una arqueología crítica* constituye, probablemente, la mejor introducción a "la arqueología posmoderna" escrita en castellano. En este sentido, el libro será muy útil como manual universitario y como introducción para todos aquellos arqueólogos que quieran conocer un poco más a propósito del marxismo, la arqueología de género o el postcolonialismo. Sin embargo, el mérito del texto no se reduce a presentar una síntesis de las principales corrientes teóricas a los lectores de nuestro país, sino que estriba en la novedosa interpretación que el autor hace de la "arqueología crítica" (término acuñado por Mark Leone, ver: Leone & Potter & Shackel 1987). Así por ejemplo, estamos ante uno de los primeros manuales de arqueología en los que se dedica un capítulo al postcolonialismo, campo de estudio surgido en los departamentos de literatura de las universidades anglosajonas durante los años noventa y que se está convirtiendo en un horizonte teórico de referencia dentro de las ciencias sociales y humanas. Del mismo modo, también se hace amplia referencia a la "sociología del conocimiento científico" (SSK, *Sociology of Scientific Knowledge*) que ha adquirido un protagonismo reciente en la última década. En definitiva, el texto recoge los últimos desarrollos teóricos en ciencias sociales y muestra sus posibilidades de aplicación al campo de la arqueología. Por ello, es importante insistir en que no estamos ante un manual sobre "arqueología postmoderna" (etiqueta que solía servir para aglutinar al marxismo, a la arqueología contextual y a la arqueología de género, ver: Patterson 1981: 556; Preucel 1995) sino ante un ensayo sobre una "arqueología crítica" que abarca desde el marxismo hasta el postcolonialismo, pasando por la sociología de la ciencia o el postestructuralismo.

El deslizamiento desde una "arqueología postmoder-



na” a una “arqueología crítica” resume la interesante interpretación que *Una arqueología crítica* propone de lo acontecido en ciencias sociales y en arqueología durante los últimos años. Frente a quienes entienden que el “postmodernismo” es una forma de nihilismo o de relativismo que lleva necesariamente a la destrucción del conocimiento, Víctor Fernández considera la “arqueología crítica” como un avance en la comprensión de los mecanismos que rigen el funcionamiento de la ciencia. Para este autor, dicha arqueología se define como una voluntad fundamental de conocimiento que no conduce ni al nihilismo ni al “todo vale”, sino a un retrato más fidedigno de la actividad científica y, por tanto, del propio pasado. Por consiguiente, el “postmodernismo crítico” no es interpretado aquí como un paso atrás en el conocimiento científico, sino como un paso adelante en la comprensión de los mecanismos que rigen nuestro entendimiento. Por decirlo en términos nietzscheanos, la “arqueología crítica” ha desvelado verdades simples, ásperas, feas. Pero verdades al fin y al cabo. Así por ejemplo, hoy *sabemos* que la arqueología ha sido utilizada para legitimar identidades nacionales y totalitarias, hoy *sabemos* que los

prejuicios de género influyen en nuestra interpretación del pasado, hoy *sabemos* que la arqueología puede ser una forma de ideología, etc. Esta toma de conciencia con respecto al papel que determinados factores no-epistemológicos juegan en la formación del conocimiento arqueológico es fundamental por dos razones: en primer lugar, porque hace posible determinar los condicionantes que influyen en nuestra interpretación del pasado y, de este modo, poder trabajar para superarlos. En segundo lugar, porque nos permite “liberar a los intelectuales de sus ilusiones y, en primer lugar, de la ilusión de no tener ilusiones” (Bourdieu 1992: 168). Sólo a través de esta reflexividad crítica podremos destruir muchos de los mitos que permanecen anclados en nuestro inconsciente colectivo, convirtiéndonos, de este modo, en señores de nuestro pensamiento. Aunque esa empresa comporta riesgos, no debemos olvidar que “sólo el pensamiento que se hace violencia a sí mismo es lo suficientemente duro para quebrar mitos” (Horkheimer & Adorno 1944: 60).

La tercera gran propuesta que este libro plantea es la de imaginar una relación distinta entre ciencia y política. En opinión de Víctor Fernández, la “objetividad absoluta” (el famoso *Wie es eigentlich gewesen* de Ranke) no sólo es una quimera, sino también la máscara del conservadurismo. Se trataría, por tanto, de combatir ese “renunciar del todo a la interpretación” (Nietzsche 1887: 173-174). Frente al objetivismo conservador, Víctor Fernández defiende una ciencia políticamente comprometida: si la objetividad no sólo no existe sino que es un valor conservador, entonces hagamos política con la ciencia y tratemos de que el conocimiento sirva para construir un mundo más justo. La lección es clara: “Una arqueología crítica debería contribuir con su esfuerzo a la lucha contrahegemónica, llamada a impedir el triunfo definitivo de los que se ha llamado el “pensamiento único”, la ideología neoliberal que aparece como necesaria e intrínsecamente buena en la mayoría de los discursos hoy dominantes” (Fernández 2006: 214).

En resumen, *Una arqueología crítica* constituye un excelente ensayo sobre teoría de la arqueología y una propuesta teórica que, a buen seguro, no dejará indiferente a los lectores.

Oscar Moro Abadía

Maison de l' Archéologie et de l' ethnologie-
René Ginouvès (UMS 844).
21, allée de l'Université, Nanterre, F-92023

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOURDIEU, P. (1992): *Réponses. Pour une anthropologie réflexive*. Seuil, Paris.
- FERNÁNDEZ, V.M. (2006): *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*. Crítica, Madrid.
- HERNANDO, A. (2002): *Arqueología de la identidad*. Akal, Madrid.
- HORKHEIMER, M.; ADORNO, T.W. (1944): *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Trotta, Madrid.
- LEONE, M.P.; POTTER, P.B.; SHACKEL, P. (1987): Toward a critical archaeology. *Current Anthropology*, 28: 283-302.
- NIETZSCHE, F. [1887] (1995): *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*. Alianza Editorial, Madrid.
- PATTERSON, T.C. (1981): History and the Post-Processual Archaeologies. *Man*, 24 (4): 555- 566.
- PREUCEL, R.W. (1995): The Postprocessual Condition. *Journal of Archaeological Research*, 3 (2): 147-175.
- QUEROL, M.A.; TRIVIÑO, C. (2004): *La mujer en el "origen del hombre"*. Bellaterra, Barcelona.